V. 650 n. 6

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

¡ES UN ANGEL!

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

TERCERA EDICION.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo
Juan sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoría)
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta
La peor cuña.
La choza del almadreno.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina
Martin Zurbano.

¡ES UN ANGEL!

DRAMA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL Y EN VERSO,

POR

DON CEFERINO SUAREZ BRAVO, 1825-1896.

Representado con aplauso en el teatro del Príncipe el dia 30 de Octubre de 1848.

TERCERA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAS.	ACTORES.
MATILDE.....	D.ª MATILDE DIEZ.
ELENA, su hija.....	D.ª JOSEFA PALMA.
SERAFINA, ama de llaves..	D.ª GERÓNIMA LLORENTE.
D. FELIX.....	D. JULIAN ROMEA.
D. PEDRO, padre de Matilde.	D. PEDRO LOPEZ.
EL VIZCONDE.....	D. FLORENCIO ROMEA.
UN CRIADO.....	D. N.

La escena pasa en Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Alonso Gullon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, *son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

El editor se reserva el derecho de traduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

860.82
Sp24
v.650 n.6

ACTO PRIMERO.

Habitacion elegante con dos puertas laterales y una en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE, SERAFINA.

SERAF. Que usted porfie es en vano.
VIZC. ¿Por qué tal tenacidad?
SERAF. ¡Yo, á una niña de su edad!...
VIZC. Aspiro á obtener su mano,
que es muy recta mi intencion...
SERAF. ¡Oh! no la pongo yo en duda...
pero su lengua no es muda;
mueva usted su corazon.
VIZC. ¡Qué diablo! no sé por qué...
pero es tan séria mi prima;
que el hablarla me dá grima
de mi amor... y ya se vé...
ella... con su aire inocente,
me dá unas contestaciones...
SERAF. No tema usted, ¡aprensiones!
VIZC. Yo, que soy tan elocuente,
me trabuco... y...
SERAF. ¿Qué seria
si usted la tuviese amor?
VIZC. ¡Usted duda!...

SERAF. Si señor.
VIZC. Pero...
SERAF. Es vana esa porfia.
VIZC. Solo mi pasion violenta
me hace andar tras ella al trote.
SERAF. ¿Á quién no mueve una dote
de seis mil duros de renta?
Y usted, que está algo atrasado...
VIZC. ¡Atrasado! no en verdad.
Mi casa es de calidad...
soy noble...
SERAF. Pero arruinado.
Y hoy dia, bien sabe usted
que mas papel, no es ultraje,
hace un plebeyo en carruaje,
que un señor vizconde á pié.
VIZC. Yo sostengo dignamente
de mi cuna la hidalguia,
vivo con economia,
si, pero elegantemente.
De lujo no hago jactancia,
mas, cual puede usté advertir,
consulto para vestir
los figurines de Francia.
Si mi renta no me deja
ir en coche...
SERAF. Usted tenia
una yegua...
VIZC. Si, Athalía;
¡pobre! se ha muerto de vieja.
Desde entonces, no hay remedio...
SERAF. Hace usté á pié el Amadís.
VIZC. Hay mas: he estado en París.
SERAF. ¿Cuánto?
VIZC. ¡Dos dias y medio!
SERAF. Conocerá usted muy mal
sus costumbres...
VIZC. No lo siento;
que las conozco aparento,
que para el caso es igual.
Ya ve usted que sin rebozo
puedo aspirar á la mano

de mi hermosa prima.

SERAF. ¡Es llano!

VIZC. Si llega á amarme, ¡qué gozo!

SERAF. De usted el triunfo será.

VIZC. Sin embargo, yo recelo...
que otro haya echado el anzuelo
con mas fortuna quizá.

SERAF. Persiga usted bien la caza,
que no es en amor tan lego.

VIZC. Es que siempre que yo llego
ya está ocupada la plaza.
Es con las damas fatal
mi suerte: alguna me ha dicho
que prefiriera al capricho
de amarme, echarse al canal!

SERAF. ¡Pobre Vizconde!

VIZC. Mi prima
es muy amable; eso si.
Mas... temo que otro haya aqui
conquistado antes su estima.
Ese don Félix...

SERAF. ¿Tal vez
le ha vuelto á infundir sospecha?...

VIZC. ¿Y quién el temor desecha?...

SERAF. Debe desecharle usted.

VIZC. ¿No tiene en la casa entrada
á todas horas?

SERAF. Verdad.

VIZC. ¿No habla con intimidad
á mi prima?

SERAF. Pues no hay nada.
Si de guardar el secreto
palabra formal me diera...

VIZC. ¡Oh! con tal que yo supiera...

SERAF. ¿Promete usted?...

VIZC. Lo prometo.

SERAF. Pues si tanto le interesa,
sepa que no es su primita
por quien don Félix palpita.

VIZC. ¿Pues quién?

SERAF. Es por la marquesa.

VIZC. ¿Mi tia! ¿qué dice usted?...

SERAF. La verdad, señor Vizconde.
VIZC. Pero... ¿ella le corresponde?
SERAF. Tres años de su viudez
no habian pasado, y los dos
ya se amaban tiernamente.
VIZC. Entonces ¿qué inconveniente?...
SERAF. Lo diré, ¡oiga usted por Dios!
VIZC. ¡Ella, que es tan susceptible!
SERAF. Y no lo piensa usté en vano,
que ofreció al galan su mano.
VIZC. ¿Y él?
SERAF. Rehusó.
VIZC. ¡Es imposible!
Un hombre sin posicion,
sin fortuna...
SERAF. Pues por eso:
de su orgullo en el exceso...
VIZC. ¡Hay semejante aprension!
¿Y despues?
SERAF. Tal fué el pesar
que esto causó á mi señora,
que enfermó: usted no lo ignora.
VIZC. ¡Quién pudiera adivinar
que esa la causa seria!
Pero ¿y él?
SERAF. ¡Qué sentimiento!
No se apartó ni un momento
de su lado.
VIZC. ¡Hay tal porfia!
SERAF. La convalecencia fué
muy larga, y por completar
su curacion, que marchar
tuvo á los baños.
VIZC. Lo sé.
SERAF. De ellos anoche llegó,
del todo restablecida.
VIZC. ¿Y qué causó la salida
de mi prima, á quien dejó
en el colegio encerrada
cuando se marchó de aqui?
SERAF. Fué el general quien de allí
la sacó, pues acabada

era ya su educacion.
Sabe usted cuánto cariño
profesa á su nieta: un niño
con ella, ¡y tan regañon
con los demas!

VIZC. Y despues
de tal desaire, ¿ha podido
mi tia darle al olvido?
¿demuestra algun interés
por don Félix?

SERAF. ¿Por qué no?
¡mas que nunca!

VIZC. ¡Está demente!
¿y el antiguo inconveniente?

SERAF. Ese estorbo ya cesó.

VIZC. ¿Pues?

SERAF. Don Félix ha heredado
una cuantiosa fortuna.

VIZC. Segun eso, ya ninguna
causa el lazo suspirado
podrá impedir...

SERAF. Ciertamente.

VIZC. ¡Oh placer ¡y yo creia
que á mi prima pretendia!
Pues ahora fácilmente,
siendo libre, conquistar
podré yo su corazon.
Mio será el galardon,
si usted me quiere ayudar.

SERAF. ¿Qué es lo que yo puedo hacer?

VIZC. Declárele usted la llama
que mi corazon inflama.
Si hablo yo, lo echo á perder...
¿Me da usted palabra?

SERAF. Si.

VIZC. Entonces ya no me arredro.

SERAF. ¡Chis! aqui viene don Pedro...

ESCENA II.

DICHOS, D. PEDRO por la derecha.

PEDRO. ¿Tan temprano por aqui?
VIZC. De la salud de mi tia
me vine á informar.
PEDRO. Muy buena.
La han probado bien los baños:
su curacion es completa.
Serafina, que en su cuarto
te está ya esperando Elena.
SERAF. ¿La señorita? allá voy. (Sale.)
VIZC. Mucho quiere usté á su nieta.
PEDRO. Su prima de usté es un ángel,
Vizconde: Matilde y ella
se reparten mi cariño.
Cuando al curar sus dolencias
marchó á los baños mi hija,
asuntos de trascendencia
me impidieron alejarme
de la córte. Eran apenas
trascurridos los dos meses,
y de Matilde la ausencia
se me hacia ya insufrible.
Yo, acostumbrado á su tierna
solicitud, me encontraba
triste; entonces de mi nieta
me acordé; la soledad
insoportable me era;
la saqué de entre las manos
de su inflexible maestra
de colegio, y á mi pecho
restituyó su presencia
la antigua calma, la antigua
satisfaccion que perdiera,
que ahora con la venida
de Matilde es ya completa.
VIZC. (Ap.) Si yo pudiera explorar
sus intenciones acerca
mi prima—... Y sabe usted

que todo el mundo celebra
su talento, su donaire...

PEDRO. ¡Ya lo creo!

VIZC. ¡Y su belleza!

PEDRO. Eso, acá para inter nos,
la niña es como una perla;
y el perillan que consiga
interesarla...

VIZC. (Ap.) ¡Quién fuera
tan dichoso!—Ciertamente;
pocos serán los que puedan
aspirar á tanta dicha.
¡Su hermosura! ¡Su modestia!...

PEDRO. Y no olvide usted su dote.

VIZC. ¡Oh! ¡Quién de dote se acuerda!

PEDRO. Sin embargo, una fortuna
de seis mil duros de renta,
sin contar con otro tanto
que á mi muerte...

VIZC. (Ap.) ¡Santa Tecla!

PEDRO. Le corresponde; no es cosa,
no, que despreciarse deba.

VIZC. ¡Cá! no señor; al contrario...
Eso, agregado á las prendas
de que hablamos, el valor
de su posesion aumentan.—
(Ap.) ¡Doce mil duros!

PEDRO. Usted,
como jóven, aun no aprecia...

VIZC. ¡Oh! crea usted... (Ap.) Es preciso
que yo la haga vizcondesa.

PEDRO. Ya es la una; yo me voy (Mirando el reloj)
al senado; bien quisiera
excusarlo; mas hoy debo
prestar apoyo á un colega
que interpelará al gobierno.
¿Se queda usted?

VIZC. La marquesa
aun estará descansando.

PEDRO. Sabe usted lo que molesta
un viaje.

VIZC. Si, me voy.

Vendré mas tarde.

PEDRO. Ahora empieza
la sesion; si presenciarla
quiere usted, abajo espera
mi carruaje.

VIZC. (Ap.) Procuremos,
porque al fin nos tendrá cuenta,
captarnos su amistad.—Bien;
acepto su amable oferta.

PEDRO. Pues vamos.

VIZC. (Ap) ¡Doce mil duros!
¡mi causa el cielo proteja!

ESCENA III.

ELENA, SERAFINA, por la izquierda.

ELENA. Déjame en paz, Serafina;
¡siempre de mi primo hablando!
¿por ventura no le aprecio?
¿acaso no le he mostrado
que mi corazon no olvida
nunca aquellos tiernos años
que en infantiles recreos
entrambos juntos pasamos?

SERAF. Es verdad; pero él desea
cariño mas acendrado,
menos tranquilo.

ELENA. No entiendo...

SERAF. (Ap.) ¡Qué inocente!

ELENA. ¿Pues acaso
existe afecto mas puro
que la amistad?... No lo alcanzo.

SERAF. Yo si; mas tiene otro nombre
para el corazon mas grato.

ELENA. ¿Otro nombre?

SERAF. Si.

ELENA. ¿Cuál es?

SERAF. Debe usted adivinarlo.
Se llama...

ELENA. ¿Amor?

SERAF. Eso mismo.

Parece no serle extraño
á usted ese nombre...

ELENA. Tal vez.
Pero he oido pronunciarlo
con frecuencia: por instinto
lo adiviné.

SERAF. Bien: ¿y acaso
sabe lo que significa
esa palabra?

ELENA. Es en vano
la pregunta: yo no puedo
contestar.

SERAF. ¡Hola! veamos.

ELENA. Mientras viví en el colegio,
muchas veces sin pensarlo
á algunas de mis amigas
oí pronunciar muy bajo
ese nombre. Á comprender
su temor nunca he llegado.

SERAF. (Ap.) ¡Miren las colegialitas!

ELENA. Pero yo, nunca hice caso;
te lo juro.

SERAF. ¿Y bien? despues...

ELENA. Despues... no me atrevo...

SERAF. Vamos.

ELENA. Esto hace muy poco tiempo...
despues de salir...

SERAF. Ya caigo...
del colegio; siga usted...

ELENA. Pues bien... Pero no hagas caso...
son visiones nada mas...

SERAF. Si usted se empeña en callarlo...

ELENA. Ya te contaré otro dia...

SERAF. Á gusto de usted. Extraño
que don Félix todavia
por aqui no haya llegado.

ELENA. ¿Don Félix? Suele venir
mas tarde.

SERAF. Es que hoy sin embargo,
debe de hallarse impaciente
por ver... (Ap.) ¡Pero iba á contárselo?
¡qué necia soy!

ELENA. Vamos, dí.
SERAF. Será enterarla excusado...
de la amistad...
ELENA. ¿Que mamá
le profesa?
SERAF. ¡Y que une á entrambos!
ELENA. Ya lo sé.
SERAF. Pues por lo mismo,
decia que hoy mas temprano
vendrá don Félix. Despues
de una ausencia de medio año,
es natural que deseos
tengan de verse.
ELENA. Eso es llano.
Y del afecto es muy digno
que mamá...
SERAF. (Mirando por el fondo.) Pero oigo pasos.
Don Félix.
ELENA. ¿Es él?
SERAF. Yo bien
decia. Corro volando
á avisar á la señora.
(Ap.) No la pesará el recado. (Váse.)
ELENA. ¡Yo no sé por qué palpita
mi corazon al mirarlo,
con tal violencia!

ESCENA IV.

ELENA, D. FÉLIX, por el fondo.

FELIX. (Recorriendo la habitacion con la vista y sin ver á Elena.) ¡No está!
ELENA. Señor don Félix...
FELIX. Perdon,
Elena, á mi distraccion.
Aun no habia visto... ¿Y mamá?
ELENA. Pronto vendrá por aqui.
Tome usté asiento.
FELIX. (Sentándose al lado de Elena.)
Eso haré.
(Ap.) Mal mi impaciencia podré

contener.—Es para mí
el dia de su regreso
dia de felicidad.

ELENA. Sé muy bien, que su amistad...

FELIX. Es profunda, lo confieso.
Y jamás, Elena, olvido
que el martirio de su ausencia,
solo la dulce presencia
de usted, calmar ha podido.
¿La ama usted mucho?

ELENA. Eso si.
¿Quién de amarla dejaria?
que en sus brazos moriria
de gozo al verla creí.
Sin padre en edad temprana
halló en ella mi ventura
de una madre la ternura,
la indulgencia de una hermana.
De tierna conformidad
nos une el lazo profundo,
y ella tan solo en el mundo
basta á mi felicidad.

FELIX. ¿Ella tan solo?

ELENA. ¿Eso dije?

FELIX. ¿No hay en ese corazon
lugar para otra afeccion?

ELENA. ¿Por ventura esto le aflige?

FELIX. No, fuera mucho pedir,
y á tal mi ambicion no aspira,
del interés que me inspira
correspondencia exigir.

ELENA. Crea usted... no soy extraña...

FELIX. Pero pronto lograré
lo que ahora en vano sé
que imploro.

ELENA. (Ap.) ¡Cómo se engaña!

FELIX. Dos meses hace no mas
que conozco á usted, Elena,
y el afan que la enagena
ya he descubierto quizás.
Al lado de usted, constantes
mis ojos, han procurado

ver, y al fin han encontrado
síntomas harto alarmantes.
Yo aunque jóven, he corrido
el mundo, y en pocos años
de esperiencia y desengaños
gran cosecha he recogido:
y usted en la edad felice
de las castas ilusiones
ocultar sus impresiones
aun no ha podido.

ELENA. (Ap.) ¡Qué dice!—
Yo, don Felix... (Ap.) ¡Qué rubor!

FELIX. Mas precio á mis ojos tiene
ese... (Ap.) ¡Y Matilde no viene!

ELENA. (Con interés.) Siga usted.

FELIX. Noble candor,
que un donaire de sirena:
por eso, si tal deseo,
mejor que en un libro, leo
en esos ojos, Elena.

ELENA. ¿Y en ellos, qué lee usted?
(Ap.) ¡Mal sofoco mi emocion!

FELIX. Leo que ese corazon
ama por primera vez.

ELENA. ¡Cómo!

FELIX. ¿No es verdad?

ELENA. (Ap.) ¡Dios mio!
Yo no lo sé.

FELIX. Pues lo extraño!
¿no sabe usted si me engaño?

ELENA. No...

FELIX. (Ap.) Pues me ha dejado frio!
¡posible es tanto candor!—
¿No siente usted?...

ELENA. Siento si,
que hay una inquietud aqui;
pero ignoro si es amor.

FELIX. Y en el colegio tal vez
esa inquietud no ha sentido?

ELENA. No.

FELIX. ¿Y despues?

ELENA. Despues ha sido.

FELIX. Voy á explicárselo á usted.
ELENA. (Con viveza.)
No; yo nada saber quiero.
FELIX. Pues si en ello insisto yo,
no es curiosidad, sino
un interés verdadero.
La inquietud que sin saber
cómo, de usted se apodera,
tal vez decir no pudiera
si es tormento ó si es placer.
Es un vago sentimiento
muy difícil de explicar,
que hace unas veces llorar,
y otras reir de contento.
Es una inquietud que viene
sin sentir del corazon,
y en perpétua distraccion
la mente absorbida tiene.
Llano cubierto de flores
ó pendiente inaccesible;
mezcla extraña, incomprensible
de placeres y dolores.
Nunca la mente estará
de su esclavitud ajena.
ELENA. ¡Oh!
FELIX. ¿No es esto, bella Elena,
lo que usted sintiendo está?
¡Y Matilde! (Ap.)
ELENA. (Ap.) ¡Resistir
quién podrá su noble acento!—
Todo eso, don Félix, siento...
pero...
FELIX. Voy á concluir.
Y ese delirio sin nombre;
sepa usté al fin lo que siente,
¿no se presenta á su mente
bajo la forma de un hombre?
ELENA. ¡Oh!... ¡basta ya!
FELIX. Ese rubor
mas que todo lo acredita;
y la inquietud que le agita...
ELENA. ¡Ah! calle usted...

FELIX. Es amor.
ELENA. No...
FELIX. ¿Y ese mortal será
digno de pasion tan fiel?
ELENA. (Con entusiasmo.)
¡Oh! ¡si! ninguno como él.
(Ap.) ¡Dios mio! lo he dicho ya.
FELIX. ¿Y su nombre?
ELENA. (Con repentina confusion.) Es mi secreto.
FELIX. El momento es oportuno.
ELENA. Á usted... ¡menos que á ninguno!
FELIX. Yo su voluntad respeto...
pero...
ELENA. ¡Alguien llega... es mamá!
FELIX. Si es tan honda la raiz...
ELENA. ¡Ah!
FELIX. Yo la haré á usted feliz.
¡Ella es! (Viendo á Matilde y ap.)
ELENA. (Ap.) ¿Si me amará?

ESCENA V.

DICHOS, MATILDE, por la izquierda.

MATILDE. Félix...
FELIX. (Con viveza) ¡Matilde! (Reponiéndose.) ¡Señora!
(Ap.) ¡Qué hermosa!
MATILDE. (Ap.) ¡Mi corazon
late de gozo al mirarle!
FELIX. Mucho mi contento es hoy;
pues despues de tal ausencia,
que eterna juzgaba yo,
del placer de ver su rostro
gozando por fin estoy.
MATILDE. Sabe usted que no es, don Félix,
ingrato mi corazon,
y que si es grande su dicha
no es mi alegria menor.
FELIX. Elena con su presencia
mis pesares endulzó,
y á su lado para mí
corrió el tiempo mas veloz.

Somos muy amigos ya,
y espero que desde hoy
mas crecerá nuestro afecto.

MATILDE. (Á Elena.) Pues conoces al señor
don Félix, querida Elena,
inútil contemplo yo
todo el afecto ensalzarte
que nos ha unido á los dos.

ELENA. Mamá, don Félix no ignora...

FELIX. Nada... y ventura mayor
no deseo que encontrarme
(Á Matilde con intencion.)
algun dia en posicion
de hacer algo por su dicha.

MATILDE. (Lo mismo á D. Felix.)
Será pronto.

ELENA. (Áp.) ¡Óigale Dios!

MATILDE. Y ¿qué tal, señor Pacheco,
por Madrid no hay variacion
desde mi ausencia?

FELIX. Ninguna.

MATILDE. ¡Cómo! seis meses ¡qué horror!
vivir de una misma suerte
la sociedad *comme il faut*
de la córte!

FELIX. Á no ser que
cuente á usted las de rigor
que los diarios de París
nos importan.

MATILDE. ¿Puedo yo
hablar de otras? Pues acaso
ignoro ¡líbreme Dios!
que en materias de buen gusto
no tenemos opinion
propia?

FELIX. Y hacemos muy bien,
señora: ¿no es un favor
ahorrarnos el trabajo
de pensar en la invencion
de la caprichosa moda?
¡Pensar nosotros! ¡qué horror!
¡si hacemos lo que otros piensan,

demos mil gracias á Dios! (Inclinándose.)
Si ustedes me dan licencia...

MATILDE. ¿Nos deja usted?

FELIX. Es razon
no importunar.
(Á Matilde en voz baja.) Volveré:
procura estar sola.

MATILDE. (Id. á D. Félix.) Yo
te lo prometo.

FELIX. Á los piés
de ustedes...

MATILDE. Pacheco...

ELENA. Adios.
(Sale D. Félix por el fondo.)

ESCENA VI.

MATILDE, ELENA.

MATILDE. Pues solas nos han dejado,
ven á mi lado, hija mia:
¡este instante de alegria
cuánto tiempo he deseado!
Mi ausencia y mi enfermedad
rompieron nuestra cadena:
¡cuánto he padecido, Elena,
lejos de tí! ¿No es verdad
que tú tambien noche y dia
lloraste de mí apartada,
y que nada pudo, nada
consolarte?

ELENA. (Echándose en sus brazos.)
¡Oh, madre mia!

MATILDE. No temas: desde hoy jamás
á alejarnos volveremos;
juntas siempre viviremos...
(Contemplando á su hija y besándola en la frente.)
¡Elena, qué hermosa estás!

ELENA. Con eso no has de engañarme:
mas lo estás tú...

MATILDE. ¡Aduladora!
¡tú debes tener ahora

muchas cosas que contarme!
ELENA. ¡Yo... mamá!
MATILDE. No temas nada,
pues yo tambien te prometo
revelar cierto secreto...
¡pero has de ser reservada!
ELENA. Esa duda injusta es:
cuenta con mi discrecion...
MATILDE. Si; pero antes es razon
que hables tú...
ELENA. No, no; despues.
Con eso me animarás...
MATILDE. ¡Hola! veo que hay progreso...
ELENA. Vaya; si me dices eso,
ni una palabra sabrás.
MATILDE. No hagas caso.
ELENA. Es que supones...
MATILDE. Pues para darte una prueba
de mi ternura, la nueva
que hoy colma mis ilusiones
voy á decirte, hija mia.
ELENA. No sabes cuánto interés
tengo en saberlo...
MATILDE. ¿Y despues?
ELENA. ¡Tener secretos podria
para tí!
MATILDE. (Ap.) ¡Qué ingenuidad!—
Sabe que he determinado
volver á tomar estado.
ELENA. ¡Qué me dices!
MATILDE. ¿No es verdad
que es mi proyecto el mejor?
ELENA. Mi razon no le condena.
MATILDE. Mas que la razon, Elena,
tiene en él parte el amor.
ELENA. ¿Cómo? ¿el amor? (Ap.) ¡Tambien ella!
MATILDE. Seis años de libertad;
viuda, rica y en la edad
para el placer la mas bella;
la tirana sujecion
huyendo del ciego niño,
guardó entero su cariño

para tí mi corazon.
Do quiera me perseguia
de amantes turba importuna:
los unos por mi fortuna,
que es hoy prenda de valia:
los otros, y eran los mas,
solo por imitacion;
mariposas de salon
que cual yo despreciarás.
Á conservar decidida
mi libertad toda entera,
ya empezaba ¡qué quimera!
á creerme guarecida
de esa tirana pasion...
¡Delirios!

ELENA. (Con interés.) Prosigue.

MATILDE. Fuí
víctima cuando creí
mas fuerte mi corazon.
Entre los que con afan
me asediaban noche y dia,
un jóven se distinguia
de airoso y noble ademan.
Su reserva me admiraba;
nunca una frase galante
me dirigió, ni de amante
el puesto solicitaba,
y sin embargo, do quier
que me llevara el deseo,
en la calle, en el paseo,
su grata presencia al ver
estaba ya acostumbrada,
y si encontrarla queria,
buscando hallaba la mia
siempre su triste mirada.
Al principio, ya se ve,
indiferente me era,
mas despues de tal manera
á verle me acostumbré,
que en los sitios que frecuente
tras mí siempre le mostraban,
ya mis ojos le buscaban

casi involuntariamente.

ELENA. ¡Hola!

MATILDE. ¡Síntoma fatal!

ELENA. Y si despues no le vias
como otras veces, volvias
á casa triste ..

MATILDE. ¡Cabal!
¿pero cómo?...

ELENA. Y fué creciendo
tu ansiedad; y cada dia
el jóven te parecia
mas bello.

MATILDE. ¡Qué estás diciendo!

ELENA. Ya no soy tan ignorante...
¡Y siempre que le mirabas
un gozo experimentabas!...
y subia á tu semblante
sin saber cómo el rubor;
su acento te estremecia;
en él pensabas de dia,
y el sueño reparador
con su imágen te acosaba...
y si al verle, fuerte nudo
ligaba tu labio mudo,
tu corazon le llamaba!

MATILDE. (Con creciente inquietud.)
¡Elena! hija mia, dí,
alguna vez has sentido
lo que dices?

ELENA. (Confusa.) Yo he querido...
hablar tan solo de tí.

MATILDE. Despues de haberte escuchado
engañarme fuera error;
¡para pintar el amor
es preciso haber amado!
No temas nada, hija mia:
¡tú secretos para mí!
¿la confianza perdí
que te inspiraba algun dia?

ELENA. ¡Oh! no.

MATILDE. Sepa yo si el mal...

ELENA. Cuando tú me hayas contado...

MATILDE. No, Elena, que has alarmado
mi cariño maternal.
Tú amas á un jóven, ¿no es cierto?
ELENA. Yo decírtelo queria...
MATILDE. Tal vez en ausencia mia
te habrá alguno duscubierto
su pasion...
ELENA. No, te lo juro.
Yo le amé, sin que él mostrara...
MATILDE. ¿Y si acaso no te amara?
ELENA. ¡Moriria de seguro!
MATILDE. ¡Calla, Elena, por tu vida!
¿Y él sabe tu pasion, dí?
ELENA. Á veces... creo que si.
Pero otras...
MATILDE. ¡Hija querida!
dime, ¿y le ves con frecuencia?
ELENA. Con mucha... (Ap.) En vano reprimo...
MATILDE. (Ap.) Don Félix solo y su primo
han entrado aqui en mi ausencia.
Si será...—¿Con que le ves?...
ELENA. Todos los dias.
MATILDE. ¿En dónde?
ELENA. Aqui.
MATILDE. ¿Tu primo el Vizconde?
ELENA. No es ese.
MATILDE. ¿Con que no es?
ELENA. Debieras ya conocerlo...
MATILDE. (Acometida de una idea.)
(Ap.) ¡Cielos!
ELENA. Te he dicho bastante...
de aqui salió hace un instante...
Es...
MATILDE. (Tapándola la boca y con la mayor agitacion.)
¡No, no quiero saberlo!...
ELENA. (Asustada.)
¡Dios mio! ¡qué palidez!
MATILDE. No... es nada...
ELENA. ¡Esa conmocion!...
MATILDE. (Ap.) ¡Calla y sufre, corazon!
ELENA. Su nombre al saber tal vez...
MATILDE. No... lo ignoro todavia...

fué un vapor... ¡Ya se pasó!...
ELENA. ¿No has adivinado?...
MATILDE. No...
¿me has dicho acaso?...
ELENA. Creia...
MATILDE. Quien tu cariño enajena...
¿no es tu primo?...
ELENA. No, mamá.
No es él...
MATILDE. (Haciendo un esfuerzo sobre sí misma.)
Don Félix... quizá...
(Pausa.)
¡Don Felix!... ¿no es cierto, Elena?
Tú ¡pobre niña inocente!
¿acogiste con ardor
las protestas de su amor?
ELENA. ¡Oh! no le acuses... detente.
Yo le amo... no sé por qué.
MATILDE. Y él, ¿no te ha dicho?...
ELENA. Jamás.
MATILDE. (Ap.) ¡Oh! ¿será cierto?—Quizás,
Elena, mal me espliqué.
Te habrá pintado el amor
como tú lo has hecho antes,
con maneras insinuantes...
con acento... seductor!...
¡Callas! si, y tú le escuchaste...
ELENA. ¡Me haces... un daño cruel!...
MATILDE. ¡Y en sus palabras... la hiel
de la pasion apuraste!...
(Ap.) ¡Yo estoy loca!
ELENA. Madre mia,
¿por qué tu rostro se altera?
¿qué tienes?
MATILDE. (Ap.) Si lo supiera,
¡de vergüenza moriria!—
Ve, estar sola... necesito...
ELENA. ¡Ya me alejas de tu lado!
¡y sufres!
MATILDE. Te has engañado...
que nada tengo... repito...
¿No ves... qué tranquila estoy?...

Vete... y la inquietud serena...
Yo te lo suplico... Elena...
(Despues de una pausa.)
Te lo mando.

ELENA. Ya... me voy...
Saber la causa queria...
tal dureza no merezco...
(Sin poder contener las lágrimas.)
Usted manda... yo obedezco...

MATILDE. (Ap.) ¡Ay!—¡Elena!...

ELENA. (Volviéndose y echándose en sus brazos.)
¡Madre mia!
(Quedan un momento abrazadas: Elena se desprende de los brazos de su madre, y se retira por el fondo.)
¡Adios! (Váse.)

ESCENA VII.

MATILDE sola, y con la mayor agitacion.

¡Por fin puedo ya
dar libre rienda al dolor,
al despecho y al furor
que en mi pecho hirviendo está!
¡No es una ilusion cruel!
¡soy engañada... vendida...
yo que le amaba, y la vida
gustosa diera por él!
¡Yo que al verle hace un instante
sentí un placer infinito,
y que apenas pude el grito
sofocar del pecho amante!
¿Y no he de vengarme? Si...
Yo haré... amante desleal,
que tú y la indigna rival...
Pero ¿qué he dicho? ¡ay de mí!
¿No es mi hija? Ella es... ella
la que me robó su amor...
la que tal vez el traidor
habrá encontrado mas bella...
mas pura... mas inocente...
Ella que en su pecho abrigo

dió á la pasion... ¡Mas qué digo!
madre sin piedad... ¡detente!
Hartas sus desdichas son
sin que aumentes sus desvelos;
calla y sufre, aunque los celos
abrasen tu corazon.
¡Celos! ese mal terrible
á sufrir de hoy te preven...
¡Tienes celos! ¿y de quién?
de tu hija; ¡esto es horrible!
Mas... si acaso me he engañado?
Si Félix siempre rendido
causa involuntaria ha sido
que ese amor ha despertado?
Si en su cariño constante
me guarda entera su fé,
¿qué haré, Dios mio, qué haré?
¡Dudarlo puedo un instante!
En uno y otro lugar
miro un abismo de horror,
y entre el deber y el amor
no puedo titubear!
Amante perjuro ó fiel;
tal sacrificio me ordena
la felicidad de Elena...
debo renunciar á él.
Adios, soñada ventura!
¡Con mis labios sin temblar
yo misma debo apurar
la copa de la amargura.
Mas... qué engañosa ilusion
fraguando estoy en mi mente?
¿Será Félix inocente?
¡No, que es cierta su traicion!
Este fatal pensamiento
vuelve á mi pecho la hiel...

CRIADO. (Anunciando por el fondo.)
Don Félix Pacheco.

MATILDE. ¡Es él!
¡Oh Dios! (Al Criado, que se retira.)
Que espere un momento!
¡Oh! ¡que mi llanto no vea!

Valor tendré suficiente;
que al ver serena mi frente
feliz el traidor me crea!
¡No se goce en mi afliccion!
llevemos con valentia
en el rostro la alegria...
¡la muerte en el corazon!
Pueril valor no me infundo...
fingir bien está en mi mano...
¡Oh! no he frecuentado en vano
la sociedad del gran mundo!
Que venga ya sin demora...
fria... impasible seré...
y si quiero... hasta podré
reir... ¡como lo hago ahora!
Tal vez el falso vendrá
á encarecer su constante
pasion...
(Tirando de la campanilla, al Criado, que se presenta.)
que pase adelante...
Casi verle anhelo ya.

ESCENA VIII.

MATILDE, sentada, D. FÉLIX.

FELIX. (Entrando.) ¡Matilde!
MATILDE. ¡Oh amigo mio!
veo que es usted puntual,
tome usté asiento. ¿Y qué tal?
FELIX. (Sentándose.)
Gracias. (Ap.) Me he quedado frio.
MATILDE. Perdone usted si le he hecho
esperar. Mil pequeñeces
nos obligan muchas veces...
(Ap.) ¡Oh! ¡que muera de despecho!...
Y siento que haya tal vez
á otra causa atribuido
el haberle detenido
mas tiempo...
(Viendo á D. Félix que vuelve la cabeza y registra la habitacion con la vista.)

¿Qué mira usted?

FELIX. (En voz baja.) ¿Nos está alguno escuchando?

MATILDE. No, don Félix...

FELIX. Yo creí...

MATILDE. Los dos estamos aqui
solos...

FELIX. (Ap.) ¡Se estará burlando!

MATILDE. Haberle ofendido temo...

FELIX. Puedo engañarme tal vez,
pero...

MATILDE. ¿Qué?

FELIX. ¡La encuentro á usted
ceremoniosa en extremo!

MATILDE. Que es mi deber, nadie ignora,
disculpas dar atenuantes...

FELIX. ¿Si? Nos tratabamos antes
con mas franqueza, señora.

MATILDE. Tiene usted memoria fiel:
entonces ¡sábelo Dios!
nos amabamos los dos,
mas ya pasó el tiempo aquel.
Todo la ausencia lo cura;
cuerdos fuimos en verdad,
porque al fin es la amistad
una afeccion mas segura.
No nace y muere en un dia;
del tiempo el curso resiste,
y entre nosotros existe
tan extraña simpatia,
que hasta en olvidar, no miento,
tan conformes hemos sido,
que á un tiempo hemos tenido
los dos igual pensamiento.
¡Y hay quien á jurar se atreve
la constancia en el amar!
Vaya, ¡empeño singular
en el siglo diez y nueve!
Y usted tambien lo juró...
y yo tambien lo juré...
y ahora salimos con que...
¡ríase usted como yo!...

FELIX. Perdone usted mi egoismo;

pero si reir pudiera,
risa á los labios pidiera
para reir de mí mismo!
De mí, que con ciego error
hasta aqui me habia creido
un campeon aguerrido
en los combates de amor;
y al mirarme ya venciendo
en tan peligrosa lid,
soy víctima de un ardid
cuyo objeto aun no comprendo.
De mí, que en amante anhelo
coloqué á un ser ideal
en un alto pedestal...
y ahora le miro en el suelo.
De mí, á quien mostró su error
la que engendró sus engaños...
de mí, en fin, que á los treinta años
aun creia en el amor!
¡Oh! ria usté á su placer,
pues si reirme pudiera,
yo de mí mismo riyera...
pues... hasta mas no poder!

MATILDE. (Ap.) ¡Oh! ¡me ha helado el corazon!...—
Pues segun lo que he escuchado,
usted es el engañado...
yo cometí la traicion.
Finge usted con maestria,
y le doy mi parabien...
Mas yo sé arrancar tambien
la máscara á la falsia...

FELIX. ¡Matilde!

MATILDE. (Ap.) ¡Ya me he vendido!

FELIX. Al fin la vida me has dado.
Lo que tu enojo ha causado
celos son: lo he conocido.
En vano es negarlo, si:
ya no extraño tu rigor...
¡Tienes celos! que mejor
me conocieras creí.
No es el capricho ligero
ni la impresion de un instante

lo que á tí me une constante;
¡es un amor verdadero!
Oye, Matilde: ¡tambien
yo en un tiempo me he burlado
de esa pasion, y arrastrado
por el mundano vaiven
en pos de triunfos pueriles,
con un vacio en el alma,
iba perdiendo la calma
de mis años juveniles.
De los placeres hastiado
que en mi delirio apuraba,
no existe el amor, pensaba,
pues yo en vano lo he buscado.
Mas te ví, y en un momento
conocí todo mi error;
ahora creo en el amor,
Matilde, porque lo siento.

MATILDE. (Ap.) ¡Me ama!

FELIX. Que vuelvan tus ojos
á mirarme sin desden:
¡oh! que no sean, mi bien,
tan crueles tus enojos.
¡Aun dudas de mi pasion!
tan dura no te creí:
¿no hay nada en mi acento, dí,
que hable ya á tu corazon?

MATILDE. (Ap.) ¡Qué he hecho, Dios mio!

FELIX. Refrena
ese rigor, que es injusto;
de tu frente el ceño adusto
ahuyenta, mi bien.

MATILDE. (Ap) ¡Y Elena!

FELIX. ¿Quieres doblar mi altivez?
(Doblando una rodilla.)
Héme á tus plantas humilde.
¡Yo te amo siempre, Matilde!!

MATILDE. ¡Y yo!... yo no le amo á usted.

FELIX. (Levantándose.) ¡Señora!

MATILDE. (Ap.) Dadme valor,
ó sucumbo, Dios clemente.—
Amor que es tan elocuente,

no es, don Félix, el mejor...
Creo que es sincero... si...
pero aunque en este momento...
sienta usted ese tormento...
pasará lejos de aqui.
Como no he de agradecerlo...
no sintiendo yo esa llama;
aunque usted... dice que me ama...
no... yo no quiero creerlo.
Será el recuerdo tal vez
de un tiempo que ya pasó...
la ausencia... mi amor borró...
¡tambien borrará el de usted!
(D. Félix quiere hablar.)
Basta... nada quiero oir...
Sé que le he dado... es verdad...
de amor y fidelidad
pruebas mil... Que resistir
no pudiendo á la pasion,
mi fin he visto cercano...
que le he ofrecido mi mano...
¡Y bien! ¡tiene usted razon!
Perjura me creerá...
falsa... ingrata... á su placer:
¡he engañado!... soy mujer...
¡no le amo á usted!...

FELIX. (Con amargura.) Bien está.
(Adelantándose á un ademan de Matilde.)
¡Oh! no tema usté una queja
de mis labios, ¡qué locura!
que es usted falsa, perjura,
ingrata; ¡costumbre añeja
de amores sentimentales!
Si yo la he engañado á usted,
que usted me engañe ¡pardiez!
eso es quedarnos iguales.
Ademas, yo solo ahora
la culpa de ello he tenido...
¡Usted la víctima ha sido!...
¡yo el verdugo! Mas, señora,
ese pretesto de celos,
aunque bien imaginado,

no es nuevo; ya se ha gastado
mucho entre muchos abuelos.

MATILDE. (Con angustia.) ¡Don Félix!

FELIX. La altiva frente
alce usté al cielo, señora;
humíllela yo en buen hora;
pero usted... ¡es inocente!

MATILDE. ¡Oh! que fuera usted creí
mas generoso.

FELIX. ¡Locura!
¡generoso! ¿por ventura
lo ha sido usted para mí?
¿Podrá estéril compasion
en el curso de mi vida
curar la profunda herida
que llevo en el corazon?

MATILDE. (Ap.) ¡Oh! ¡la angustia no mitigo!—
¡Será mi amistad constante!

FELIX. ¡Quien ha vendido al amante
mejor venderá al amigo!

MATILDE. (Ap.) ¡Oh Dios! ¡no tiene piedad!—
Si usté á mis ruegos no accede...

FELIX. ¡Ya entre nosotros no puede
haber, ni amor, ni amistad!

MATILDE. Acaso un dia los dos
podremos mejor que ahora...

FELIX. ¡No!... ¡para siempre, señora!

MATILDE. (Cayendo en un sofá y con acento desconsolador.)
¡Para siempre!
(D. Félix titubea un momento, va por fin á dirigirse á Matilde, pero esta se levanta y dice con firmeza.)
¡Adios!

FELIX. (Yéndose.) ¡Adios!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de descanso: puerta en el fondo por donde se ve una de las salas de baile: á la izquierda un grande espejo. Dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

El VIZCONDE, por el fondo.

No hay nadie. Me he adelantado
sin duda. (Mirando el reloj.)
Aun no son las diez...
Mejor... asi podré hablar
á mi prima sin tener
quien estorbe nuestra plática.
¡Si no alcanzo de esta vez
el logro de mis proyectos!...
(Se abre la puerta de la izquierda.)
¿Será Elena? (Viendo á Serafina.)
Me engañé.
Es la respetable ama
de llaves: ¡cargue Luzbel
con ella!

ESCENA II.

EL VIZCONDE, SERAFINA.

SERAF. Señor Vizconde,
temprano ha llegado usted.
VIZC. Es verdad, soy el primero...
SERAF. Y yo adivino por qué...
VIZC. Juro á usted que mi intencion...
SERAF. ¿Acaso quiere usté hacer
el reservado conmigo?
VIZC. ¡Oh! no. Sabe usted muy bien
que por el contrario, siempre
sus consejos escuché...
(Ap.) ¡Si la disgusto, la guerra
me hará esta Matusalen!
SERAF. Quiere usted hablar á solas
con la señorita...
VIZC. ¡Pues!
Digo, no es precisamente...
SERAF. Vamos, en vano es querer
ocultarme... (Con misterio.)
¡Se conoce
que no se descuida usted!
VIZC. ¿Cómo?
SERAF. Muy pocos momentos
hace, con grande interés,
me dijo que la avisara
de su llegada...
VIZC. ¡Oh placer!
Si usted fuera tan amable...
SERAF. Aun hay tiempo: ¿no sabré?...
VIZC. ¡Es un secreto!
SERAF. ¡Un secreto!
¡y yo lo ignoro! muy bien.
VIZC. En otra ocasion...
SERAF. No, no.
VIZC. (Ap.) Me ha pillado: al fin tendré...
SERAF. ¿Asi paga usted, Vizconde,
el afan que en proteger
su pretension he mostrado?...

VIZC. Yo siempre agradeceré...
SERAF. ¡Vaya! ¡existir un secreto,
y yo no saberlo!...
VIZC. Bien.
Nunca ha sido mi intencion
ocultárselo: oiga usted.
SERAF. Ya escucho.
VIZC. Con gran misterio,
Elena me ha dado ayer
una comision difícil
que en cumplir he sido fiel.
SERAF. Veamos.
VIZC. Usted no ignora,
cual yo, que desde hace un mes
don Félix en esta casa
los pies no ha vuelto á poner.
SERAF. Va usté á decirme el motivo...
VIZC. ¿El motivo? no lo sé.
SERAF. Sin duda él y la señora
estan reñidos...
VIZC. Tal vez.
SERAF. Lo cierto es que desde entonces
huyó para no volver
de su rostro la alegria.
Su tristeza cada vez
va en aumento; y mucho temo...
VIZC. Pues ¿y Elena?
SERAF. Ya se ve;
quiere tanto á su mamá
que se aflige ella tambien...
VIZC. Si; pero es una afliccion
inverosímil... ¡perder
el color de sus mejillas!
¡la extremada languidez
que en ella se nota! Vamos...
que se aflija justo es...
pero tanto...
SERAF. ¡Es muy extraño!
VIZC. No lo puedo comprender.
Debe haber otro motivo
que ignoramos.
SERAF. Oiga usted;

muchas veces he creido
lo mismo...

VIZC. Cual yo; y despues
de meditarlo he llegado
á pensar... que nada sé.

SERAF. Bien; pero esa comision
que dice le ha dado ayer...

VIZC. Á eso voy. Despues de hablarme
con su amable sencillez
de cosas indiferentes
que contar inútil es...
—¿Ves con frecuencia á don Félix?...—
me preguntó; y contesté.
—Si, primita.—Entonces ella,
redoblando su interés...
—Tu puedes, dijo, un servicio
hacerme, que yo tendré
muy presente mientras viva.
—Habla.—Si á Pacheco ves,
dile que se halla ofendida
mi amistad de su desden:
que su inmotivada ausencia
á qué atribuir no sé;
y que si de tanto aprecio
conserva el recuerdo fiel,
en el baile de mañana
tuviera al verle un placer.

SERAF. ¡Hola!

VIZC. Poco mas ó menos
esto lo que dijo fué,
con aquella vocecita
que me suena veces cien
mejor que una sinfonia
de Rossini ó Mayerbeer;
y echándome aquellos ojos
que tienen... un no sé qué...
que siento cuando me miran
calofrios de placer.

SERAF. Es un ángel... y adivino
ya la causa...

VIZC. Y yo tambien.

SERAF. La marquesa no ha querido ..

VIZC. ¡Pues!
SERAF. Dar su brazo á torcer...
VIZC. Si, y ha encargado á su hija
que me hablase, claro es,
para traer á su amante
esta noche...
SERAF. ¿Y cumplió usted
su comision?
VIZC. Por supuesto...
Pero alguien viene...
SERAF. (Mirando por la izquierda.) Ella es.
No quiero estorbar á ustedes,
y me voy. (Sale por el fondo.)
VIZC. Haces muy bien.

ESCENA III.

El VIZCONDE, ELENA, vestida de baile.

ELENA. ¡Oh! con ánsia te he esperado...
VIZC. Me detuvo á mi pesar...
ELENA. Si nos pudiera escuchar...
VIZC. Nadie. No tengas cuidado.
ELENA. ¿Has visto á don Félix?
VIZC. Si,
en el Circo le encontré
cual de costumbre... y le hablé.
ELENA. ¿Y vendrá esta noche aqui?
VIZC. Asi me lo ha prometido.
ELENA. Con que lograste...
TIZC. ¡Pues no!
¡cuando me he empeñado yo!
ELENA. Y dime, no has advertido
en él alguna señal
de disgusto?
VIZC. Te diré.
Al principio... yo no sé
si habré reparado mal...
mas creo que se turbó
al oir...
ELENA. ¡Que tal creyeses!
VIZC. Y con frases muy corteses

tu invitacion rehusó.
ELENA. ¡Cielos!
VIZC. Y tuve barruntos,
al ver su cara sombria,
que mejor que á un baile, iria
á un oficio de difuntos.
ELENA. ¿Pues le aflige alguna pena?
VIZC. Si, prima.
ELENA. No me dijiste...
VIZC. (Ap.) ¡Cómo finge!
ELENA. Si está triste....
VIZC. ¡Qué! si es un contagio, Elena.
No sé qué mal aire os dió;
pero si esto no se olvida,
por vez primera en mi vida
voy á entristecerme yo.
ELENA. ¿Y cómo le has decidido?...
VIZC. Corta fué la resistencia...
mi natural elocuencia
todo obstáculo ha vencido.
ELENA. Dime.
VIZC. Por tí, prima bella,
con afan me preguntó.
ELENA. (Con alegria.) ¿Cierto?
VIZC. Si.
ELENA. ¿Y por mamá?
VIZC. No.
Pero yo le he hablado de ella.
ELENA. Mal hiciste.
VIZC. ¡Mal! ¿por qué?
ELENA. Aunque no me ha prohibido...
VIZC. Con reserva y al descuido
su tristeza le indiqué.
¡Y ha sido un golpe maestro!
ELENA. ¡Maestro!...
VIZC. Apenas lo oyó,
en asistir consintió
al baile: ¡soy yo muy diestro!
ELENA. Primo, las gracias te doy:
que nada sepa mamá.
(Ap.) ¡Por primera vez quizá
la engaño!...

VIZC. Si, si: ya estoy.
Vive confiada en mí...
ELENA. Quizá llegará algun dia...
VIZC. No hables de eso, prima mia,
¿qué no hiciera yo por tí?
ELENA. ¡Oh, no he de olvidarlo, no!
VIZC. (Ap.) Que este es el momento creo...—
Solo que pagues deseo...
mi...
ELENA. (Con viveza.) ¿Tu amistad?
VIZC. (Ap.) ¡Me clavó!
ELENA. ¡Oh! desde hoy puedes llamarme,
no tu amiga...
VIZC. (Ap,) ¡Me amedrenta!
ELENA. Tu hermana, ¿no te contenta?
VIZC. ¡Vaya, no ha de contentarme!
Que eternamente ¡oh placer!
nos una amor... fraternal...
y... la... (Ap.) ¡Soy un animal!
¡que no me haya de atrever!
ELENA. Prosigue.
VIZC. Quiero decir,
que á veces no es uno dueño...
¡y ya es antiguo el empeño!
¡Oh! si, yo no sé mentir...
Tú ya lo habrás conocido.
Contesta sin vacilar,
que al fin...
ELENA. ¿Qué he de contestar,
primo, si no te he entendido?
VIZC. ¿Con que no?
ELENA. Al menos no infiero...
VIZC. Mejor callando obraré...
pues yo explicarme no sé...
ELENA. (Ap.) Y yo entenderte no quiero.
(Desde este momento hasta el fin del acto se ven atravesar por la sala del fondo damas y caballeros en todas direcciones.)
Ya van llegando las gentes...
VIZC. (Ofreciéndola la mano.)
¿Vamos?
ELENA. No; tendré quizás...

VIZC. Reina del baile serás
en cuanto en él te presentes.
ELENA. Gracias.
VIZC. ¿Quedarte prefieres?
ELENA. Si; despues será mejor.
VIZC. (Ap.) Seguiré haciendo el amor
como hasta aqui, por poderes.—
No te hagas mucho esperar.
ELENA. Pronto me verás allí.
VIZC. Voy de rabia ¡pesie á mí!
furiosamente á bailar.

ESCENA IV.

ELENA, sola.

¡Va á venir! no sé por qué
de mí el temor se apodera...
tal vez imprudencia fué...
¡Oh! si mamá lo supiera...
¿mas por qué se lo oculté?
Ella, que en verme dichosa
cifra su empeño mayor,
tan tierna, tan cariñosa
para mí! ¿puede su amor
negarme ninguna cosa?
¡Oh! si: ¿por única vez
no he visto su faz severa,
cuando en mi amante embriaguez
el secreto, sin doblez,
de mi amor dije sincera?
Desde aquel dia, risueño
su rostro á ver no volví.
«Tu amor, Elena, es un sueño,
me dijo: olvida ese empeño,
que yo velaré por tí.»
Y don Félix no ha venido
desde entonces... yo no sé
qué razon habrá tenido...
¿mamá le habrá prohibido
que vuelva aqui? mas ¿por qué?
¿Tan gran delito es amar?

¿qué hay en esto que la asombre?
sin yo quererlo indagar,
¿no me llegó á confesar
que amaba tambien á un hombre?
Á comprenderlo no alcanza
mi mente, y á obrar asi
me impele la confianza
de una secreta esperanza ..
(Viendo á D. Félix.)
Pero ¡cielos! ya está aqui.

ESCENA V.

ELENA, D. FÉLIX, por el fondo.

FELIX. (Ap.) Elena sola.
ELENA. (Ap.) ¡Yo tiemblo!
FELIX. (Ap.) De ella indagar me conviene...
ELENA. (Ap.) ¡Qué palidez!
FELIX. (Inclinándose.) Señorita...
ELENA. Don Félix, no es poca suerte
que hoy se haya usted acordado
de nosotras...
FELIX. Me parece
que no será mi venida
causa de que los placeres
de la fiesta en nada pierdan
su atractivo.
ELENA. Nos ofende,
señor Pacheco, esa duda.
¿Acaso nunca ser puede
enfadosa la presencia
de un amigo?
FELIX. Si pudiere
de ese título jactarse,
seguro de poseerle,
fuera el mostrar esta duda
muy ingrato ciertamente.
Mas si cual yo á esa afeccion
título ninguno tiene...
ELENA. ¡Títulos! yo no creia
que de ellos menester fuese...

FELIX. Y ni aun bastan: ¡la amistad!
¡bella palabra, que hiere
dulcemente nuestro oido
y que en aire se convierte!

ELENA. (Ap.) ¡Cuán amargo es su lenguaje! —
Yo no creo que usted siente
lo que dice...

FELIX. ¿Por qué no?

ELENA. Aunque es verdad que no tiene
hasta hoy de esa amistad
ni una prueba la mas leve,
juro á usted que sin embargo
aqui vive eternamente,
y el dudarlo es una injuria
que no creí merecerle.

FELIX. Perdone usted; soy injusto
por demas: tal es mi suerte,
que basta que á un sentimiento
de amor ó amistad me entregue,
para que de un desengaño
reciba el castigo siempre.
Hice mal, y ruego á usted
me perdone una y mil veces.
¿Y la marquesa?

ELENA. ¿Mamá?
vendrá pronto... antes que empiece
el primer baile...

FELIX. ¡Estará
tan satisfecha y alegre!
la fiesta de hoy lo acredita...

ELENA. ¡Oh! nada de eso, don Félix...

FELIX. ¡Cómo! el baile de esta noche...

ELENA. Ha sido precisamente
dispuesto por lo contrario...
Yo no sé qué es lo que tiene
mamá; me oculta sus penas,
y su salud desmerece
de dia en dia...

FELIX. ¡Es posible!
Muy mal entonces se aviene...

ELENA. Es fuerza que á su despecho
esta fiesta se celebre.

El abuelo se ha empeñado
en ahuyentar de esta suerte
nuestra tristeza...

FELIX. Tambien,
segun eso, usted padece...

ELENA. ¿Yo? no: se le ha figurado.

FELIX. ¡Bien la causa se comprende!

ELENA. ¡Cómo!

FELIX. Quien cual yo conoce
el cariño que usted tiene
á su mamá, no es difícil
que ese motivo penetre.
Usted al verla sufrir
sufre tambien...

ELENA. (Bajando los ojos.) Ciertamente...

FELIX. ¿Y acaso usted no sospecha
qué es lo que asi afligir puede
á su mamá?

ELENA. Creo que si.

FELIX. Pues si no hay inconveniente...

ELENA. ¡Oh! no: con usted ninguno.
No es una sospecha leve
tan solo: es una certeza...

FELIX. (Ap.) ¡Si será!...—Espero impaciente...

ELENA. Yo no sé cómo decir...
Aun mejor los hechos pueden
enterarle á usted...

FELIX. Ya escucho.

ELENA. Pues bien: al dia siguiente
de su llegada... ella misma,
sin que yo lo pretendiese,
me reveló... pues... que amaba
á un hombre...

FELIX. ¿Si?

ELENA. Ciertamente.
Verdad es que me ocultó
su nombre: si yo supiese...

FELIX. ¡Oh! tal vez á las dos horas
pensaba ya de otra suerte.

ELENA. Usted la injuria; despues
la he sorprendido dos veces
besando un retrato...

FELIX. ¡Cómo!
ELENA. Y llorando amargamente.
FELIX. (Ap.) ¡Oh! ¿pues no me ha enviado el mio?
luego es otro el que posee
su cariño!...
ELENA. Amigo mio,
¿qué tiene usted?
FELIX. (Ap.) No sospeche
lo que sufro; el disimulo
mas que nunca me conviene!—
ELENA. Esa súbita tristeza...
FELIX. No es nada: usted me dispense
si no he prestado atencion...
¡Yo triste! estoy muy alegre.
(Matilde aparece por la izquierda; pero al ver á D. Félix se detiene en el umbral de la puerta.)
En prueba de ello esta noche
me dedico enteramente
á los placeres del baile...
Ya han llegado muchas gentes,
y muy pronto de la orquesta
los ecos oirse deben.
¿Viene usted? Su caballero
seré como usted me acepte...
ELENA. Oh, si: y mucho me complace
verle ahuyentar de repente
su mal humor... He creido
que usted padecia...
FELIX. (Ap.) ¡Imbécil!
¡Y esperaba todavia!...
¡oh! ¡no podré contenerme
si la veo!
ELENA. ¿Viene usted?
FELIX. Vamos. (Ap.) Volveré; no puede
quedar esto asi.—(Dando á Elena la mano.)
Al placer
me consagro enteramente.
(Entran por el fondo.)

ESCENA VI.

MATILDE, siguiendo con la vista á D. Félix, y en la mayor agitacion.

¡Él aqui! ¿me habré engañado?
Félix en mi casa... ¡Oh! si.
¿Y á qué ha venido? ¡ay de mí!
¿Quién al baile le ha invitado?
¡Esto solo me faltaba!
Dios mio, dadme valor,
vos que sabeis el dolor
que su ausencia me costaba.
Porque le amo todavia...
al verle aqui, á mi despecho
creí un punto que del pecho
mi corazon se salia.
En vano por ahuyentar
su recuerdo abrasador,
sin hallar ya en mi dolor
lágrimas que derramar...
secreta lucha emprendí,
sorda, terrible, sin nombre;
¡pero la imágen de ese hombre
siempre delante de mí!
Y arrancarla es vano empeño,
fija está en mi corazon:
¡Y él aqui! ¡negra traicion!
¡tan alegre, tan risueño!
Él al placer entregado,
mientras yo en triste retiro
sin cesar por él deliro...
¡Oh, no! ¡esto es ya demasiado!
Yo tambien le olvidaré...
quiero olvidarle, ¡traidor!
¿y este premio á mi dolor
guardabas? me vengaré.
Aun amargar los instantes
infiel de tu dicha espero...
Aun soy hermosa... aun si quiero
tendré á cientos los amantes!

Hermosa; no hay duda... Asi
me aclamó la fama un dia...
(Dirigiéndose á un espejo.)
Debo serlo todavia...
(Cubriéndose el rostro con las manos.)
¡Oh! ¡desdichada de mí!
Tarde el desengaño empieza;
muerto es para mí el amor...
Ya ha marchitado el dolor
los restos de mi belleza.
(Como hablando con su imágen en el espejo.)
Y eres tú la misma, dí,
que del mundo en los placeres
fué envidia de las mujeres?
Dime, ¿quién te ha puesto asi?
Y esa menguada ventura
perder hoy, cuando quisiera
¡oh! ¡que nada resistiera
á mi insolente hermosura!
¿Y he de mostrar humillada
ante ese enjambre que un dia
me adulaba en su porfia
mi belleza marchitada?
No; y antes en mis furores
veré por tierra esparcidos
estos adornos mentidos
que me afrentan.
(Se arranca las flores que lleva en la cabeza, y las arroja al suelo. D. Félix entra al mismo tiempo y se queda contemplando las flores.)

ESCENA VII.

MATILDE, D. FÉLIX.

FELIX. ¡Pobres flores!
MATILDE. (Sorprendida, al ver á D. Félix.)
¡Don Félix!
FELIX. Yo soy, señora.
MATILDE. Acaso... ¡usted me escuchaba!
FELIX. No; del baile me alejaba
y en esta sala entro ahora.

Que está usted confusa .. advierto.

MATLIDE. ¿Yo? no... pero habrá extrañado...

FELIX. ¿El que haya usted arrojado
esas flores? No por cierto.
Por sus brillantes colores,
ó un capricho femenil,
del jardin, entre otras mil,
eligió usted esas flores.
Mas por un capricho igual
desde su frente hasta el suelo
las arroja usted sin duelo...
¿Hay cosa mas natural?
Con que el pasado recuerde
tal accion no extraño yo...
Si un capricho las buscó...
otro capricho las pierde.
(Recoge las flores.)

MATILDE. ¿Qué hace usted?

FELIX. (Examinándolas.) ¡Quién lo creyera!
¿y conservan todavia
su brillante lozania
y su fragancia primera?
Abandonadas ahora
temprana será su muerte:
¡dignas son de mejor suerte!
(Entregándoselas á Matilde.)
tómelas usted, señora.

MATILDE. ¡Oh! ¡gracias! mas considero
que molestia inútil fué;
pues si antes las arrojé,
prueba es de que no las quiero.
(Las vuelve á arrojar.)

FELIX. (Con calma.)
Bien; yo esperaba eso mismo...

MATILDE. Que usted se ofenda no creo;
aunque tan dado le veo
hoy al sentimentalismo.

FELIX. Cierto.

MATILDE. Y estoy admirada...

FELIX. Por un contraste fatal
parezco sentimental
siempre que no siento nada.

MATILDE. Tiempo hace que lo sabia...
Sin embargo... hace un momento
le he visto á usted tan contento...
FELIX. ¡Oh! si... y lo estoy todavia.
¿Lo duda usted?
MATILDE. ¡Yo! ¿y por qué?
Al contrario, me ha alegrado
saber que usted ha variado...
de carácter... ya se ve...
cuando...
FELIX. Siga usted...
MATILDE. Decia...
FELIX. Cuando enamorado estaba
de usted... cuando usted me amaba...
(Movimiento de Matilde.)
Asi al menos lo creia.
MATILDE. ¡Oh! pero...
FELIX. Al hablar asi
creo no hacerla un agravio:
¡tantas veces de ese labio
lo escuché, que lo creí!
Huí entonces los placeres...
Mal pudiera imaginar
que fuera usted á imitar
el vulgo de las mujeres.
MATILDE. Peregrino es el pretesto
para culparme...
FELIX. No hay tal.
MATILDE. ¡No ha sido tan grande el mal,
pues se ha curado tan presto!
Para todo, no es extraño,
remedie siempre ha de haber.
FELIX. ¡Oh, me ha dado usté á beber
tal dosis de desengaño!
MATILDE. Arguye usté con primor;
mas quien de amor penas llora,
en un mes...
FELIX. Un mes, señora,
un siglo es para el amor.
Y aunque no debo admirar
tan importuno despecho,
no sé yo con qué derecho

quejas me viene usté á dar.
MATILDE. ¡Quejas yo!
FELIX. Me ha parecido...
MATILDE. ¡Oh! está usté en un error.
FELIX. No son quejas del amor,
sino del orgullo herido.
MATILDE. ¡Tal suposicion escucho!
quejarme... Vaya... ¿y por qué?
¿porque me ha olvidado usté?
Mejor... yo me alegro mucho.
Fuimos uno de otro en pos...
yo olvidando la primera,
y luego usted... de manera...
FELIX. Pues... que olvidamos los dos.
MATILDE. No me cogió á la verdad
de sorpresa... Demasiado
sé yo que es fruto vedado
la constancia en nuestra edad...
Y aunque me ha sido muy grato,
harto bien lo conocí
cuando... hace un mes recibí
mis cartas y mi retrato.
Dos horas pasado habian
desde nuestro rompimiento...
y tanto apresuramiento...
FELIX. Ya en mi poder no tenian
objeto, y era razon
sospechas desvanecer,
pues pudiera usted temer
de mí alguna indiscrecion.
MATILDE. Que fuera torpe malicia
en mí, tal sospecha, infiero.
Sé que es usté un caballero.
FELIX. Eso es hacerme justicia.
Y aunque sea descortés,
si bien culparla no trato,
recuerdo que mi retrato
vino ocho dias despues.
MATILDE. (Confusa.) Si... es verdad... tan impensada
fué de los baños mi ausencia...
que allí... por inadvertencia...
dejé la copia olvidada...

fué un descuido...

FELIX. ¡Y muy fatal!

MATILDE. Dispense usted...

FELIX. ¿Yo? ¿y de qué?
antes ha olvidado usté,
señora, el original.
Verdad es que de esa extraña
detencion, me parecia
otro el motivo, á fé mia;
¡mucho el amor propio engaña!

MATILDE. ¿Y cuál?

FELIX. Creí, sin razon,
debiera usted repugnar
asi incompleta dejar,
señora, la coleccion.

MATILDE. (Dolorosamente ofendida.)
¡Cómo!

FELIX. Al fin es un placer...

MATILDE. (Ap.) ¡Que tal sospeche de mí!

FELIX. ¿No era esa la causa?

MATILDE. (Con marcada ironia.) ¡Oh! si.
¿Cuál otra pudiera ser?
¡Sublime penetracion!
Yo alabo la perspicacia...
¡Vaya! me ha hecho mucha gracia
eso de la coleccion.
Deje usted que me alboroce,
que aunque para mí no es nueva,
me ha dado usted una prueba
de lo bien que me conoce.
¿Coleccion ha dicho usté?
eso es muy poco á fé mia:
tengo ya una galeria
de retratos. Ya se ve,
¿qué no alcanza una coqueta
cuando cifra sus afanes
en tener de los galanes
poco amor, mucha estafeta?
¡Yo soy en eso extremada!
tanto... mas ¡qué candidez!
iba á contárselo á usted,
á quien no se oculta nada.

¡Á usted, que en lazo engañoso
prender tambien conseguí
y víctima fué de mi
maquiavelismo amoroso!
Á quien incauto ademas
atraje al dulce reclamo,
y á quien no amé, á quien no amo...
á quien no amaré jamás!...

FELIX. (Con ímpetu.) ¡Señora!
(Ap. y conteniéndose.) La ira me abrasa...

MATILDE. Si mi franqueza le ha herido...

FELIX. Á mí... no...

MATILDE. Me ha parecido...

FELIX. (Ap.) ¡Félix, qué es lo que te pasa!

ESCENA VIII.

DICHOS, el VIZCONDE.

VIZC. ¡Cómo! ¿usté aqui conversando,
marquesa, con tal sosiego,
cuando yo, no es broma, ronco
ya de contestar me encuentro
al número interminable
de damas y caballeros
que por usted me preguntan?

MATILDE. Verdad es: voy al momento...

VIZC. Pues es claro: tenga usted
piedad de ese pobre viejo
de general, que en ausencia
de usted hace á su despecho
los honores de la casa.
¡Qué! ¡si da lástima el verlo!
Él, tan poco aficionado
á farsas ni cumplimientos,
verse precisado... ¡Vamos!
veinte veces por lo menos
me ha preguntado:—¿Y Matilde?
¿Dónde está? ¿qué hace allí dentro?
Y suda y se afana...

MATILDE. Si:
más detenerme no quiero.

VIZC. ¡Verá usted qué animacion,
qué vida, qué movimiento!
Hoy en la fiesta, marquesa,
tiene usté lo mas selecto
que encierra la sociedad
madrileña de ambos sexos.
Va usté á gozar de un placer...
MATILDE. Vizconde, mucho me alegro.
Precisamente esta noche
mas que nunca lo deseo...
voy á divertirme... mucho...
VIZC. ¿Con que si?
MATILDE. ¡Mucho! ¡en extremo!
VIZC. ¡Ah! quien tambien preguntó
por usted con grande empeño
ha sido aquel coronel
que frecuentó en otro tiempo
la casa.
MATILDE. ¿Don Luis Mendoza?
VIZC. El mismo.
MATILDE. Pues lo celebro.
Es un jóven muy amable
y á quien profeso un afecto
especial... precisamente
tengo que hablarle... y me alegro
de su venida... Señores...
FELIX. (Ap.) ¡Oh, me sofoca el despecho!
MATILDE. (Ap.) ¡Siempre fingir! ¡qué suplicio!—
Con que...
VIZC. Marquesa... hasta luego. (Váse.)

ESCENA IX.

D. FÉLIX, el VIZCONDE.

FELIX. (Ap.) ¡Jamás lo hubiera creido!
¡juzgué mi pasion vencida,
y aun brota sangre la herida!
VIZC. (Observando á D. Félix.)
¡Qué cara! ¿si habrán reñido?
FELIX. (Ap.) ¡Oh! ¿por qué la he vuelto á ver?
VIZC. Parece que le ha plantado

Matilde. ¡Bueno ha quedado!
¡Cá! ¡pero no puede ser!
Si no ha sido su intencion
al traerle hasta este punto
reconciliarse, ¿á qué asunto
darme á mí la comision
de hacerle venir? ¡Cuidado
que es singular! yo no acierto
con el motivo... Es muy cierto
que la que me lo ha encargado,
y esto algo me desalienta,
no fué Matilde, no á fé...
sino mi prima... ¿Si habré
trabajado por su cuenta?
¡Diablo! no es tan infundada
la idea si se examina:
clavada tengo la espina
de que ella está enamorada
de este prójimo... ¡Si son
ya las niñas tan expertas!
Y ahora me acuerdo de ciertas
circunstancias... Con razon
desconfiaba... y no en vano
recelo ¡suerte cruel!
que he estado haciendo el papel
del perro del hortelano.

FELIX. ¡Yo vengarme necesito!
(Saliendo de su distraccion y viendo al Vizconde.)
¡Hola! ¿Usted aqui?

VIZC. Cabal.
Me encontré allá dentro mal,
y he venido aqui un ratito
á tomar aliento. Al fin
todo cansa, y yo á mi vez...

FELIX. En otro tiempo era usted
un furioso bailarin.

VIZC. Y aun lo soy. Precisamente
es mi pasion absoluta.

FELIX. Y usted debe, sin disputa,
bailar primorosamente.

VIZC. Hay quien mi destreza alaba...

FELIX. ¡Bah! talento y no destreza:

es un talento... que empieza
por donde el de otros acaba.

VIZC. Muy amable está usted hoy.

FELIX. Lo que estoy es... muy contento!

VIZC. Pues yo creí hace un momento
que... (Ap.) ¡Pero qué es lo que voy
á decir!

FELIX. Vamos.

VIZC. Me habia
aqui al entrar, parecido
que estaba usted distraido...
y como sé que mi tia
ha tenido con usted
relaciones muy estrechas...
concebí algunas sospechas...

FELIX. (Sériamente.) ¡Inmotivadas!

VIZC. Tal vez.

FELIX. Es cierta mi distraccion.
Estaba á solas gozando
lo que he visto recordando
ha un momento en el salon.
¡Qué brillante perspectiva!

VIZC. ¡Oh! deliciosa, es usté
de mi opinion, no podré
olvidarla mientras viva.
¡Cuánto lujo! ¡qué riqueza!
es la primera impresion
al entrar en el salon...

FELIX. La de perder la cabeza.

VIZC. Si, mas dura poco.

FELIX. ¡Pues!

VIZC. Y la vista deslumbrada...

FELIX. Justo, ve... que no ve nada.

VIZC. Es verdad... pero despues...

FELIX. Si, despues ya es otra cosa.
Luces, adornos, preseas,
y treinta mujeres feas
lo menos por cada hermosa.

VIZC. Es cálculo exagerado;
mas aun no siendo bellas
divierte observar en ellas
los primores del tocado.

El lujo y la variedad
de adorno, en mi entender
contribuye siempre...

FELIX. Á hacer
resaltar la fealdad.

VIZC. Cierto, pero una escogida
sencillez...

FELIX. ¡Donosa idea!
jamás he visto á una fea
sencillamente prendida.

VIZC. ¡Oh! no soy de esa opinion.
Se conoce que está usted
de un terrible esplin...

FELIX. Tal vez.

VIZC. ¿No volvemos al salon?

FELIX. Pronto voy.

VIZC. (Ap.) Si yo pudiera
sin peligro hacerle hablar.
(Se va hácia el fondo, y queda un rato mirando hácia donde se supone que está el salon de baile.)

FELIX. (Ap.) ¡Que no pueda un medio hallar
para vengarme! en la fiera
lucha que mi pecho esconde
todo me parece poco...
¡cosa es de volverse loco!

VIZC. (Volviendo á la escena.)
Já, já.

FELIX. ¿Qué es eso, Vizconde?

VIZC. (Ap.) Pobremos.

FELIX. ¿Saber podré
qué es lo que asi le alboroza?

VIZC. Nada; ¡ese pobre Mendoza!

FELIX. ¿Mendoza?

VIZC. Si.

FELIX. Yo no sé...

VIZC. ¿Ya lo echó usted en olvido?
Ese que tanto se apura...
Coronel... buena figura...
dicen que tiene partido
con las damas... mas preveo
que eligió mal esta vez...

FELIX. Bien y...

VIZC. ¿Le conoce usted?
FELIX. Me parece...
VIZC. (Ap.) Ya lo creo.—
¿Si? pues de ver me reia
el empeño decidido
con que ese mozo ha emprendido
la conquista de mi tia.
¡Oh, no es su paciencia corta!
Desde allí le he columbrado
hecho un Cupido á su lado...
FELIX. (Ap.) ¡Esto mas!—¿Y qué me importa?
VIZC. De amor no hablaba quizá;
mas en su gesto advertí
tal calor...
FELIX. Pues obra asi,
algun título tendrá.
VIZC. No diré yo lo contrario...
Mendoza al fin no es un necio,
y Matilde mucho aprecio
le demuestra...
FELIX. (Ap.) Es necesario
que yo averigüe...
VIZC. Ademas...
yo sé que el y la marquesa...
(Con indiferencia afectada.)
Pero á usted ne le intèresa...
FELIX. (Agarrándole del brazo.)
¡Hable usted, por Barrabás!...
VIZC. Bien; como tales asuntos
fingia usted serle extraños...
FELIX. (Con violencia.)
¡Vamos!
MIZC. Pues bien, en los baños
han estado los dos juntos.
FELIX. ¡Juntos!
VIZC. Si; pero deseo
que usted no interprete mal...
FELIX. ¡Oh!
VIZC. Fué un encuentro casual...
FELIX. (Ap.) ¡Todo explicado lo veo!
VIZC. (Ap.) En el blanco ha dado el tiro.

FELIX. (Ap.) ¡Posible es tanta falsia!
VIZC. (Ap.) Pacheco ama todavia
á la marquesa: ¡respiro!
FELIX. (Ap.) ¿Serán celos lo que arder
siento aqui dentro? ¡qué error!
celos suponen amor
y yo no amo á esa mujer.
No, que el amor en mi pecho
amarga hiel se ha tornado:
solo quiero duplicado
volverla el mal que me ha hecho.
Si; ¿mas cómo he de lograr?

ESCENA X.

DICHOS, ELENA. Al final de esta escena se oye la orquesta.

ELENA. ¿Don Félix?
VIZC. (Ap.) ¡Ya pareció!
ELENA. ¿Posible es que tenga yo
que venirle á usté á buscar?
El baile va ya á romper,
y usted su promesa olvida.
VIZC. (Ap.) ¡Pues! ya está comprometida
con él.)
FELIX. (Ap. mirando á Elena y como acometido de una idea.)
¡Ah!...
VIZC. (Ap.) Y yo sin poder...
ELENA. (Ofendida viendo que D. Felix sigue mirándola y no contesta.)
Le creia mas galante...
FELIX. (Con galanteria.)
¡Oh! temple usted su esquiveza,
pues la luz de esa belleza
me desconcertó un instante.
ELENA. ¡Cómo su ingenio encontró
pronta disculpa al agravio!
FELIX. No, que es sincero mi labio...
VIZC. (Ap.) ¡Lindo papel hago yo!
ELENA. ¿Con que vamos?

FELIX. Vamos, si,
que hablar á usted me interesa.
(Ap.) ¡Oh! por mi nombre, marquesa,
que te has de acordar de mí!
(Salen por el fondo. El Vizconde hace un ademan de impaciencia.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, por la derecha, SERAFINA. Poco despues D. PEDRO solo.

PEDRO. ¿Y tu señora?
SERAF. En su cuarto.
PEDRO. Bien; ¿y está ya levantada?
SERAF. Sí lo está.
PEDRO. Dile que venga
aqui, pues tengo que hablarla.
SERAF. Voy. (Ap.) ¡Qué significa esto!—
Con que...
PEDRO. Vamos, ¿á qué aguardas?
¿no has oido? que la espero.
SERAF. Ya estoy; pero...
PEDRO. Menos charla.
(Sale Serafina.)
Si, estoy resuelto: hasta ahora
no he creido necesaria
mi intervencion, confiando
en la prevencion sensata
de Matilde; pero veo
con pesar que esto no marcha

por buen camino. La niña
está mas enamorada
cada dia de ese jóven;
cuya presencia en mi casa
ha ahuyentado la alegria
que antes en ella reinaba...
Luego Matilde, por mucho
que en disimular se afana,
seguro estoy, todavia
le ama á su vez; que la llama
de una pasion cual la suya
fácilmente no se apaga...
Esa profunda tristeza
que nada á templar alcanza,
y que mina sordamente
su salud ya quebrantada,
me va inquietando, y es fuerza
que yo á combatirla salga.
Aqui viene.

ESCENA II.

D. PEDRO, MATILDE.

MATILDE. ¿Con que usted
quiere hablarme?
PEDRO. Si, hija mia.
Siéntate aqui.
MATILDE. Yo tenia
igual deseo á mi vez.
PEDRO. Pues la propicia ocasion
aprovechemos.
MATILDE. Si; pero
debe usted hablar primero.
PEDRO. Óyeme con atencion.
Bien sabes que desde el dia
en que tomaste otro estado,
aunque viviendo á tu lado
fácil disculpa tendria,
en mi casa has reunido
todos los poderes juntos,
y mezclarme en tus asuntos

domésticos no he querido.
Desde entonces, siempre igual,
viví en dichosa indolencia,
descansando en tu prudencia
y en tu celo maternal.
Tal mi propósito fué,
y sabes que le cumplí.

MATILDE. ¿Y de haber obrado asi
se arrepiente usted?

PEDRO. No á fé.
Mis votos siempre has cumplido;
de esposa y madre hasta hoy
modelo fuiste, y estoy
de ser tu padre engreido.
Pero... á veces el empeño
no basta de la razon...
Hija mia, el corazon
no se manda; él es el dueño.
Don Félix...

MATILDE. ¡Oh!

PEDRO. Deja que hable;
pues fuerza es que me decida
por fin á sondear la herida...

MATILDE. No, que es herida incurable.

PEDRO. ¡Qué! ¿y ha de ser tan pequeño
el poder de tu razon?

MATILDE. ¡Oh, señor! el corazon
no se manda; él es el dueño.

PEDRO. Pero ese es un desvario;
y aun asi mi celo inflamas
mucho mas. ¿Con que le amas
todavia?...

MATILDE. ¡Á pesar mio!

PEDRO. Tu imaginacion quizá
pasion juzga un desconcierto...

MATILDE. Yo á explicármela no acierto
tampoco; pero aqui está.
¡Oh! no es un vano artificio!...
jamás la fria razon
comprenderá la estension
de mi cruel sacrificio.
De madre cumplí un deber...

rompí ese lazo, aunque era
mi gloria, mi vida entera...
¿qué mas he podido hacer?

PEDRO. Quien feliz verte prefiere,
mas á tu constancia pide...

MATILDE. Si, que la memoria olvide
lo que ella olvidar no quiere.

PEDRO. Pues si tu dicha consiste
en verte á Pacheco unida,
dí, siendo correspondida
¿por que ese lazo rompiste?

MATILDE. ¡Y Elena! ¿no he dicho á usté?...

PEDRO. Si, que de todo ignorante
en tu ausencia...

MATILDE. ¿Y no es bastante?

PEDRO. Su inexperta sencillez
habrá juzgado pasion
lo que tal vez no será
mas que un capricho.

MATILDE. ¡Ojalá!

PEDRO. Á esa edad toda impresion
es pasajera.

MATILDE. Lo sé.

PEDRO. Ademas, tampoco es justo
que sacrifiques tu gusto
por ella.

MATILDE. ¿Qué dice usté?
Despues que ella incautamente
su pasion me reveló,
pudiera decirla yo...
«pues bien; borra de tu mente
cuanto esperar has podido
de ventura y de alegria:
de ese amor ¡pobre hija mia!
otra es la dueña; ¿has oido?
Otra mujer, que tendrás
sin duda que aborrecer
desde hoy; y esa mujer
es tu madre!...» ¡Oh; no, jamás!

PEDRO. Y ese don Félix ¿qué espera?
¿Conoces tú su intencion?
¿es digno de una pasion

tan profunda, tan sincera?
¿Cómo su amor conciliar
con tan repentino olvido?
Dime: ¿es de un hombre cumplido
proceder tan singular?
Á pesar de tus desdenes,
desde aquel baile fatal
todos los dias puntual
aqui en tu casa le tienes:
¿sabes á qué viene?

MATILDE. ¡Oh!
por piedad...

PEDRO. No, ya es forzoso,
aunque sea doloroso
para tí, que hable aqui yo.
De él la niña enamorada,
tú su presencia evitando
y libre el campo dejando,
has dado ocasion sobrada
á que su amor la dirija;
y no es cosa que me cuadre
que asi á falta de la madre
se consuele con la hija.
De que esta ignore has tratado,
no sé yo por qué razones,
tus antiguas relaciones
con don Félix: sin cuidado
la pobre niña á ese amor
se entrega, que deberia
ahuyentar, y cada dia
el daño se hace mayor.
Y en fin, don Félix será,
yo concedértelo quiero,
un cumplido caballero;
mas bien puede ser quizá
que agriado por tu desden,
su furia vengar intente
en esa niña inocente.

MATILDE. Si, ¿no es verdad? yo tambien
eso mismo he sospechado;
¡quién á creer se decide
que con tal presteza olvide

quien con tal constancia ha amado!
¡Y él me amaba, estoy segura,
con una pasion tan fiel,
tan ardiente! y yo con él
he sido ingrata y perjura!
Aunque fingiendo desvio
á otro afecto se encadena,
no crea usted que ame á Elena,
no; ¡su corazon es mio!
Es mio: solo el despecho
pudo arrastrarle á fingir
lo que no debe sentir:
yo sola tengo derecho
á su cariño, y si humilde
hasta aqui pude arrostrar
lo amargo de mi pesar,
en adelante...

PEDRO. ¡Matilde!

MATILDE. ¡Si, si: basta ya: es razon
que sufrir mas no me cuadre:
soy mujer!...

PEDRO. ¡No, que eres madre!

MATILDE. ¡Cielos! ¿qué he dicho? ¡perdon!
¿y pude echarlo en olvido?
son delirios de un momento,
si, que yo misma no siento:
¡son celos que no ha podido
contener la voluntad!

PEDRO. No eran vanos mis recelos!
¡tienes celos!

MATILDE. ¡Tengo celos!

PEDRO. ¡De tu hija!

MATILDE. ¿No es verdad
que es un tormento doblado?
Y no estoy arrepentida
del sacrificio: ¿mi vida
qué importa, si habré logrado
que mi hija sea quizá
mas feliz que he sido yo?

PEDRO. ¿Y que el mal se aumente? No.
¿Sabes tú si lo será
por ese medio? Hija mia,

fuerza es tomar un partido:
ya que valor has tenido
para inmolar en un dia
al imperioso deber
esa pasion que hoy te oprime,
tu sacrificio sublime
concluye: si has menester
quien en tan triste ocasion
te dé su ayuda y consejo,
aqui estoy yo, que aunque viejo,
jóven tengo el corazon.
Es el que al tuyo dió ser,
donde halla siempre eco doble
todo lo que es grande y noble!...

MATILDE. Y bien, ¿qué debo yo hacer?

PEDRO. Que aqui sin mas dilaciones
hoy mismo á Pacheco veas,
y le exijas, como creas
conveniente, explicaciones
de su conducta: este paso
te parecerá vulgar;
pero hay cosas que fiar
no se pueden al acaso.
Procura ocultar tu pena;
que en tí vea siempre igual,
no una ofendida rival,
sino la madre de Elena.
¿Valor te faltará acaso?

MATILDE. ¿No le he tenido hasta aqui?
pues ya tanta hiel bebí,
¿qué importa apurar el vaso?

PEDRO. ¡Oh! no sabes, hija mia,
cuál tu dolor me interesa;
sé que es inútil empresa
consolarte, mas confia,
que si no logra calmar
tus penas el porvenir,
seremos dos á sufrir...

MATILDE. Seremos dos á llorar:
gracias; por mas que me aflija,
pronto llegará usté á ver
que madre he sabido ser.

PEDRO. Si, pues fuiste buena hija.
MATILDE. Adios. (Sale por la izquierda.)
PEDRO. Yo salgo, y muy luego
volveré.

ESCENA III.

D. PEDRO, luego SERAFINA.

PEDRO. Nunca creyera
que hasta tal punto llegase
su pasion! Mucho me inquieta
el estado en que la veo;
y mas mi inquietud aumenta
el pensar que no es posible
hallar un medio que pueda
restituirla la calma...
¡Pobre Matilde! y Elena
por otra parte complica
la situacion, de manera
que es de temer que esto al fin
término feliz no tenga.
(Tira de la campanilla.)
Si hablara yo á ese don Félix
de hombre á hombre... tal vez fuera
mucho mejor...
SERAF. (Saliendo.) ¿Llama usted?
PEDRO. ¿Mi carruaje?
SERAF. Abajo espera.
PEDRO. Mira... si viene Pacheco...
dile... (Ap.) No, mejor es que ella
lo haga. Yo lo echaria
á perder...
SERAF. Con que...
PEDRO. (Ap.) Ni es esta
la ocasion...
SERAF. Con que le digo...
PEDRO. Lo que sin saber te quedas.
Nada, no le digas nada.
SERAF. Pero yo...
PEDRO. ¡Maldita lengua!
¡Oh curiosidad! tú eres

el iman de estas doncellas
de sesenta años. Me voy. (Sale.)

ESCENA IV.

SERAFINA, luego D. FÉLIX.

SERAF. Si, ¡viejo gruñon! ¡sesenta
años! no los he cumplido.
Tú si que tienes á cuestas
los sesenta con un pico
respetable. ¡Que no pueda
averiguar lo que pasa!
Y algo pasa aqui... por fuerza.
La cara del general
está hoy mucho mas séria
que de costumbre... Es verdad
que desde algun tiempo á esta
parte veo tales cosas,
que no es fácil me sorprenda
ya nada. Aqui está don Félix...
FELIX. (Entrando.)
¿Y la señora marquesa?
SERAF. (Ap.) La contestacion de siempre...
sigue un poquito indispuesta...
FELIX. Lo siento.
SERAF. Voy á avisar
á la señorita Elena.
FELIX. Que no se moleste; yo
no tengo ninguna priesa.
SERAF. Si; pero ella me ha encargado...
con tanta impaciencia espera
su visita...
FELIX. En ese caso...
SERAF. Si, ya voy. (Ap.) Hoy todos llegan
con pocas ganas de hablar. (Sale.)

ESCENA V.

D. FÉLIX, solo.

La mamá sigue indispuesta...

es decir, no quiere verme;
y en tanto con impaciencia
la hija espera mi visita.
Saber esto yo debiera
por demas; y sin embargo
siempre lo escucho con nueva
pesadumbre. Lealmente
obrando, yo no debiera
volver á poner los pies
en esta casa. ¿Y Elena?
¿Y esa niña que me ama
con tal ardor, tal fineza,
á la que yo en un momento
de locura, hice promesas
que en estado de cumplir
mi corazon no se encuentra?
Quise vengarme, es verdad;
creí encontrar resistencia;
creí vencer, mas luchando;
y entonces, noble marquesa,
de mí te hubiera quedado
memoria viva y eterna.
Pero ante un ser tan ingénuo
que se rinde, que se entrega
sin desconfianza alguna
que á las razones primeras
con lágrimas de placer
y gratitud me contesta,
mi cólera y mis proyectos
de venganza el viento lleva.
Para ello era preciso
tener corazon de piedra.
y ser cobarde y malvado.
¡Dónde hay suerte mas adversa
que la mia! ¡preso estoy
en mis propias redes! Fuerza
es confesar, que á su lado
la amargura de mis penas
se templa... ¡es tan parecida
á su madre!... mas no es esta
la razon: ¡no puede ser!
¡Matilde! ¡que yo no pueda

apartar de la memoria
este nombre!... y en tanto ella;
tal vez otro amor... ¡No puedo
acostumbrarme á esa idea!
Al principio sospeché
de ese Mendoza; mas pruebas
hoy tengo de lo contrario...
La casa nadie frecuenta
mas que yo... y ella al retiro
y á la soledad se entrega.
Sin embargo... ¡ese retrato
que besar le ha visto Elena!...
¡Oh! diera por poseerle...
Calmémonos, alguien llega.

ESCENA VI.

D. FÉLIX, ELENA.

ELENA. ¿Le he hecho á usted mucho esperar?
FELIX. No, que ahora mismo he llegado.
ELENA. Como ayer se ha retirado
usted quejoso, aumentar
su disgusto sentiria.
FELIX. Quejoso no; verdad es
que á impulsos del interés
que usted me inspira, queria
la razon averiguar
de la inquietud que he advertido
en usted; pues vano ha sido
quererla disimular.
ELENA. ¡Hay semejante aprension!
Nada he sentido, ni siento ..
FELIX. El rostro en este momento
le está haciendo á usted traicion.
Vamos, sea usted conmigo
mas franca...
ELENA. Pero... si no...
FELIX. ¿Por ventura no soy yo
su mas fiel, mas tierno amigo?
ELENA. (Bajando los ojos.) ¡Amigo!
FELIX. (Embarazado.) Quise decir...

amante...

ELENA. ¡Oh! no. Calle usted;
pues tampoco yo á mi vez
quiero obligarle á fingir.
Del corazon la tibieza
mal con palabras se dora...
(Despues de una pausa.)
¿No comprende usted ahora
la causa de mi tristeza?

FELIX. ¿Quién tal sospechar podria?

ELENA. Pues ya dí el paso primero,
este peso arrojar quiero
que me oprime noche y dia.
Si; al principio confiada
creí cierta su pasion:
hoy tengo la conviccion
de que nunca he sido amada.

FELIX. ¡Oh!

ELENA. Deje usted que prosiga.
Cuando por primera vez
de la fiesta en la embriaguez
me pintó usted su fatiga;
con tal fuego, tal verdad
su pasion ví retratada
en el gesto, en la mirada;
que, locura ó ceguedad
seria, mas la creí...
Luego mas dulce estrechez
nos unió... ya no era usted...
el mismo que entonces ví.
Llena usted su amante empleo...
con violencia... distraido...
casi como arrepentido...
(D. Félix hace un movimiento.)
¡Oh! yo tampoco lo creo.
Nueva en las lides de amor,
bien pudiera haber formado
un concepto equivocado
de ese afecto engañador;
y esto un alivio me fuera;
pero allá en mi pensamiento
juzgo por lo que yo siento

lo que usted sentir debiera.
La causa de esa afliccion,
con lo dicho harto se deja
ya ver; ¿no es justa mi queja?

FELIX. No, Elena... (Ap.) Tiene razon.

ELENA. ¡Oh! que es cierto ese desvio
claro en su silencio veo.

FELIX. Pues que tal en su deseo,
seré franco, á pesar mio.
Yo tengo treinta años ya;
y á esa edad es fácil cosa
comprender que mi amorosa
crónica larga será.
Siempre en pos de los placeres,
vime en apurados trances;
y de tan variados lances
conocí á muchas mujeres.
Huí al fin de ese elemento
ya muchos años pasados,
con los sentidos gastados,
mas vírgen el sentimiento.

ELENA. No comprendo...

FELIX. Si, es verdad;
al decir esto olvidaba
que era usted con quien hablaba:
¡tiene usted tan poca edad!
Decir con esto he querido
que vine á vida mejor
sin conocer el amor.

ELENA. ¡Es posible!

FELIX. ¡Si; lo ha sido!

ELENA. ¿Y despues?

FELIX. ¡Quién lo creyera!

ELENA. ¿Ha sido usted mas sensible?

FELIX. Allí donde hay combustible,
de la chispa mas ligera
se alza una violenta llama.
Despues... amé locamente;
¡con esa pasion ardiente
con que solo una vez se ama!
Mi delirio adormecer
no pude de ningun modo:

¡mi dicha, mi gloria, todo
lo cifré en una mujer!

ELENA. Pues tal pasion inspiró,—
de ella muy digna seria.

FELIX. (Con amarga ironia.)
¡Oh! si: ¡muy digna á fé mia!

ELENA. ¿Quién es? ¿dónde esta?

FELIX. (Despues de una pausa.) ¡Murió!

ELENA. ¿Murió?

FELIX. (Ap.) Al menos para mí.—
Si, Elena; y todo acabado,
rendido y desengañado
á la razon acudí.
Despertar de vano intento
hoy mis antiguos trasportes;
esa pasion los resortes
gastó en mí del sentimiento.
Por eso á despecho mio
puedo ofrecer solamente
un afecto poco ardiente,
que parecerá á usted frio,
pero sincero y leal,
y aun por eso mas constante,
en que el amigo, el amante
se confunden por igual.
Sin reserva he dicho aqui
lo que yo olvidar quisiera.

ELENA. ¿Y si esa mujer viviera,
la amara usted mas que á mí?

FELIX. ¡Oh!

ELENA. Quiero que sin disfraz,
aunque se aumente mi pena...

FELIX. ¿Por qué me hace usted, Elena,
esa pregunta?

ELENA. Es verdad.
¿Por qué atormentarme asi?
¡Oh! de olvidar trataré
que á otra su amorosa fé
ofreció usté, antes que á mí.
Y fio en mi buena estrella,
que con el tiempo alcanzar
podré, me llegue usté á amar

como la amó usted á ella.
Ese afecto, aunque pequeño,
ya le acepto agradecida,
y una dicha mas cumplida,
un lazo mas halagüeño
sin quejarme aguardaré;
si, si: y aun mas le prefiero
franco, leal y sincero,
que mintiendo incierta fé.
Pues la sombra de un engaño
solamente el sospechar,
fuera para mí un pesar
cruel!...

FELIX. (Ap.) ¡Me está haciendo daño!

ELENA. Pero me olvidaba ¡ay, Dios!
que de otro asunto tenemos
que tratar, y que hoy podremos
dudas aclarar los dos.
En distintas ocasiones,
y ayer mas recientemente,
se ha mostrado usté impaciente
por conocer las razones
del triste retraimiento
de mamá.

FELIX. Si, si, es verdad:
un interés de amistad...
y el muy justo sentimiento
que causaba á usted...

ELENA. Lo sé.
Noble es y digno el objeto
que le guia.

FELIX ¿Su secreto
descubrió usted?

ELENA. No lo sé.
Aunque sospecho que si.
¿Recuerda usté aquel traslado
de que tanto hemos hablado?

FELIX. Si. ¿Ese retrato?...

ELENA. (Sacando una cajita.) Está aqui.

FELIX. (Haciendo un ademan para cogerle y conteniéndose.)
¿Ahí?... ¿y sabe usted... quién es?...

ELENA. ¡Cómo! ¿Puede usted pensar

me atreviera á profanar,
aunque por un interés
legítimo, su secreto?
No, que hija suya me llamo,
y el cielo sabe que la amo
tanto como la respeto.
Y aunque de abrirle existiera
en mí derecho ó razon,
repugna á mi corazon,
y á hacerlo no me atreviera.
Le extraje furtivamente
por un instante no mas;
pero verle yo, ¡jamás!
Usted, es muy diferente,
puede verle sin temor;
y aunque yo ignore su nombre,
sabrá usted quién es ese hombre
que la inspiró tanto amor.
Usted le conocerá...
y ¿quién sabe dónde alcanza?...
Es una loca esperanza,
sin fundamento quizá.

FELIX. (Ap.) ¡Oh! ¡tan noble sencillez
me avergüenza, á pesar mio!

ELENA. Es un secreto que fio
á la lealtad de usted.
Mis votos no serán vanos...
(Entregándoselo.)
Véale usted sin demora...

FELIX. (Ap. y dando vueltas á la caja.)
No sé por qué, pero ahora
que le tengo entre las manos,
mi vista un velo oscurece,
y apresurado palpita
mi corazon!...

ESCENA VII.

DICHOS, SERAFINA, precipitadamente.

SERAF. ¿Señorita?

ELENA. (Á D. Félix rápidamente y en voz baja.)

Guárdele usted. (D. Félix lo hace.)
¿Qué se ofrece?

SERAF. La señora viene aqui.

ELENA. ¿Qué dices?

SERAF. Lo que he contado;
y como usted me ha encargado
que la avisara...

ELENA. Si, si.
Vamos.

FELIX. ¡Cómo! ¿Se va usted?

ELENA. Temor pueril tal vez sea,
mas no quiero que nos vea
juntos.

FELIX. (En voz baja.) Pero...

ELENA. (Lo mismo.) Volveré. (Salen.)

ESCENA VIII.

D. FÉLIX, luego MATILDE.

FELIX. ¡Va á venir! ¿qué me querrá?
de calmar en vano trato
mi agitacion. ¡Y el retrato!
(Hace un ademan para sacarle y se contiene al ver á Matilde.)
Ya no es tiempo.

MATILDE. (Ap.) Solo está.
¡Valor!

FELIX. (Conmovido y ap.) ¡Oh, qué palidez!

MATILDE. (Se adelanta con vacilacion, apoyándose en un velador inmediato á la puerta de la izquierda.)
Señor don Félix... (Ap.) Yo muero...
¡Ah!

FELIX. (La contempla con ansiedad un momento, y viéndola próxima á vacilar, se dirige á ella sin poder contenerse, exclamando.)
¡Matilde!

MATILDE. (Dominando su turbacion.) ¡Caballero!

FELIX. (Retrocediendo y con tono frio y respetuoso.)
Señora, á los pies de usted.

MATILDE. Fué un leve decaimiento...
Mas ya pasó... Por mi mal,

no estoy de salud cabal.

FELIX. Perdone usté un movimiento
involuntario...

MATILDE. Si, si.
Lo aprecio, aunque á la verdad
no habia necesidad...

FELIX. Repito que necio fuí.
Tiempo há que en mí con porfia
su injusto rigor se ceba,
poniendo asi á dura prueba,
señora, mi cortesia.
Y aun mas lo debo extrañar
dirigiendo mal mi grado
la memoria á lo pasado.

MATILDE. (Con fuego.) ¡Y lo osa usted recordar!
(Conteniéndose.) Pero no es esta ocasion
de reproches...

FELIX. Bien lo sé.
Ni lo será para usté
jamás...

MATILDE. Tiene usted razon.
Mi capricho no halló traba
ninguna... anduve ligera...
rompí un lazo que debiera
respetar... pero no amaba.
Para mí... (Ap.) ¡Estoy en un potro!—
Llegó á la razon su vez...

FELIX. No, porque á otro ama usted.

MATILDE. (Sorprendida.) ¿Yo?...
(Reportándose.) Si, es verdad: amo á otro.

FELIX. (Ap.) ¡Y esto mi furor consiente!

MATILDE. Pero el pasado olvidemos,
que antes, don Félix, tenemos
que tratar de lo presente.

FELIX. ¡De lo presente! Por Dios...

MATILDE. Su sorpresa es natural...
tal vez me he explicado mal.

FELIX. No hay presente entre los dos;
y aunque de mí tal se exija
y al presente acuda ahora,
¿de qué hablaremos, señora?

MATILDE. ¡Oh... hablaremos de mi hija!

¡Calla usted! Sin duda alguna
usté ha llegado á creer
que yo le dejara hacer
de su galante fortuna
palenque mi propia casa?
¿Que veria indiferente
que á mi vista esa inocente
niña, de experiencia escasa,
fuera sin grandes fatigas
víctima de los engaños
de usted, que han hecho los años
ducho en galantes intrigas?
Lo creyó usted en mal hora,
que aunque yo olvide su guia,
¡no es mi hija mercancia
de libertino!

FELIX. (Ofendido.) ¡Señora!

MATILDE. Ya se ve; usted despechado,
en su ciego frenesí,
para vengarse de mí
no halló un medio mas honrado
que el de herirme rencoroso
en mi prenda mas querida;
¡oh, digna accion por mi vida!
¡debe usté estar orgulloso!
¿Y era usted quien blasonaba
de hidalguia y de nobleza;
el que erguida la cabeza
no ha mucho aqui reprochaba
mi conducta?... Si há un momento
yo misma me he condenado,
ahora de haber obrado
cual obré no me arrepiento.
(Despues de una pausa.)
¿Y bien?

FELIX. (Con calma.) ¿Usté ha concluido?

MATILDE. Si, he concluido; hable usté.

FELIX. ¡Oh! si por cierto; hablaré...
Cuenta que usted lo ha querido.
Dos años de estrecha union
contabamos sin que hubiera
ni la nube mas ligera,

ya de hecho ó ya de intencion,
empañado el sol brillante
de nuestra felicidad...
¡Dos años, que á la verdad
fueron para mí un instante!
Cuantas pruebas inventar
pudo un cariño acendrado
ambos nos las hemos dado;
lo puede usted recordar...

MATILDE. No ignoro esa relacion;
pero ¿á qué conduce ahora
su recuerdo?...

FELIX. Esto, señora,
es mi justificacion.
Su mano usted me ofreció
sin demanda alguna mia;
mi corazon la admitia,
mi orgullo la rechazó.
Sin títulos, sin fortuna,
hizo mi empeño mas fuerte
hasta el negarme la suerte
los privilegios de cuna.
Usted supo comprender
de mi escrúpulo el exceso,
y lejos de amenguar eso
nuestro amor... lo hizo crecer. (Pausa.)
¿No es cierto?
(Matilde hace una señal afirmativa.)
Prosigo pues.
Pero usted tampoco ignora
que ese obstáculo, señora,
desapareció despues.
Una herencia inesperada
me hizo rico; la barrera
que á mis votos se opusiera
contemplando ya salvada,
vengo en alas del deseo
á este sitio, en que creia
encontrar á la que babia
dado á mi amor por trofeo
dos años que brevemente
pasaron de ardiente fé;

pero aqui no la encontré,
no, porque estaba ausente!
Hallé otra mujer aqui
fria, orgullosa y altiva,
que mis caricias esquiva,
que á mi ciego frenesí
con necios votos responde
de eso que amistad se llama;
que dice que no me ama;
que ya en su pecho no esconde
para mí mas que desden,
compasion y frialdad... (Pausa.)
Esto tambien es verdad.

MATILDE. (Con exaltacion.)
¡Oh! ¿no acaba usted?

FELIX. Pues bien.
Esa mujer que hasta aqui
he respetado en mal hora,
¡se atreve á hacerme, señora,
reconvenciones á mí!
¡Á mí, á quien tanto agravió,
y á quien tanto daño ha hecho!
á mí, que tengo derecho
hasta á despreciarla...
(Matilde hace un movimiento.)
No,
no la desprecio, aunque leve
tal castigo á mi entender
fuera; pero esa mujer...
donde yo estoy, callar debe,
aunque hacerlo no le cuadre.

MATILDE. (Ap.) Esto es demasiado ya.—
Bien, la mujer callará;
pero escuche usté á la madre;
pues si ella á usted engañó,
¿hay ley alguna que exija
que haya de pagar la hija
culpas que no cometió?
Su venganza en mí, que he sido
culpable, caiga en buen hora.

FELIX. ¿Y quién dijo á usted, señora,
que yo vengarme he querido?

MATILDE. (Confusa.) ¡Al menos lo he sospechado!...
FELIX. Tal sospecha es insegura...
El que amó á usted, por ventura
de amar á otra está privado?
Revela en mí suponer
tan negativo proyecto,
mas que el maternal afecto
la vanidad de mujer.
Y de una vez concluyamos,
señora, que ya es razon,
la penosa situacion
en que los dos nos hallamos.
Si yo á Elena enamoré
sin que sintiera mi pecho
mas que un celoso despecho,
caya causa sabe usté,
en su inocente candor
mis proyectos se estrellaron,
y á la razon se tornaron
calmando mi ciego ardor.
Voy por fin á revelar
sin disfraz, aunque lo siento,
señora, mi pensamiento.
Yo á Elena no puedo amar;
vanos mis votos han sido:
ya de ilusiones desierto
mi corazon está muerto.
MATILDE. Entonces...
FELIX. No he concluido.
Pero al tiempo que he avanzado
en su amistad, insensible
á aquel perfume apacible
que se respira á su lado,
ser no he podido. Mi estrella
lució en mas grata bonanza,
una lejana esperanza
de dicha entreviendo en ella.
El fuego de la pasion
buscar en mí inútil fuera;
mas si una amistad sincera,
y si una honrada intencion
pueden hacer la ventura

de esa niña encantadora,
tales prendas desde ahora
mi cariño le asegura.
Hay, señora, otra razon,
la mas poderosa acaso,
para que sea este paso
casi en mí una obligacion.
Mas si atenta usted me ha oido,
añadir mas fuera en vano;
y la pido á usted su mano...

MATILDE. ¡Su mano!

FELIX. Ya he concluido!

MATILDE. (Con vacilacion.)
¡Su mano!... perdone usted...
¡quién pudiera... imaginar...
Usted no debe extrañar
que no conteste á mi vez
á su honrosa peticion...
Yo celebrara infinito...
pero explorar necesito
de mi hija la intencion...
Y como ella... le ame á usted...
¡Ah! (Viendo á Elena.)

ESCENA IX.

DICHOS, ELENA. Al ver á Matilde se detiene.

FELIX. Pues á tiempo ha venido...

ELENA. Siento haber interrumpido...

MATILDE. (Ap.) ¡Oh, acabemos de una vez!

ELENA. Me retiro...

MATILDE. ¡Qué locora!
hablando estamos de tí...
(Tomándola una mano.)
Vamos... acércate aqui...

ELENA. ¡Mamá! ¡tienes calentura!

FELIX. ¡Cómo!

MATILDE. ¿Yo? estás engañada.
Nunca tan bien me he sentido...
será el calor...

ELENA. He creido...

MATILDE. ¡Aprension!... esto no es nada.

Y extraño fuera en verdad
sentir yo tales efectos,
estando haciendo proyectos
sobre tu felicidad.

ELENA. ¡Qué dices!

MATILDE. Si, Elena mia.
Don Félix, que está presente,
me ha pedido formalmente
tu mano, y saber queria...

ELENA. ¡Cómo! no es posible, no.

FELIX. Es la verdad...

ELENA. ¡Qué he escuchado!

MATILDE. ¿Serás feliz á su lado?

ELENA. ¡Que eso me preguntes!

MATILDE. (Ap.) ¡Oh!
¡mal encubre su alegria!—
¿Con... que... le amas?...

ELENA. ¡Si le quiero!
tú bien lo sabes...

MATILDE. Si... pero...

FELIX. ¡Qué escucho! ¿Usted lo sabia?

MATILDE. (Con viveza.) No, yo no sabia nada.

ELENA. Si, mamá; tiempo hace ya
que te lo he dicho...

FELIX. (Agitado.) ¿Será
verdad?

MATILDE. Estás engañada.

FELIX. ¡Hace tiempo! (Á Elena.) ¿Acaso ahora
recuerda usted cuándo ha sido?

ELENA. Si por cierto... lo ha sabído...

MATILDE. No, no...

FELIX. (Á Matilde.) ¡Silencio, señora!
(Á Elena.) ¿Cuándo? diga usted...

ELENA. ¡El dia
que de los baños llegó!...

FELIX. ¡Ah!

MATILDE. No lo crea usted, no.

FELIX. ¡Qué sospecha!

ELENA. (Sorprendida.) ¡Madre mia!
¡Don Félix!...

FELIX. (En el mayor desórden) ¡Oh! ya adivino:
¡qué he hecho, Dios mio! aclarar

necesito sin tardar
mis dudas!...

ELENA. Yo pierdo el tino.
¿Qué significa?...

FELIX. No, no:
busco en vano una certeza!...
no... ¡yo pierdo la cabeza!
¡Ah! ¡este retrato!
(Sacando el retrato y abriéndole apresuradamente.)
¡Era yo!...

MATILDE. ¡Qué veo!

ELENA. ¡Cielos!

FELIX. (Á Matilde sin poder contenerse.) ¡Señora!...

MATILDE. ¡Nada crea usted!...

FELIX. Si, si.

MATILDE. ¡Elena, vete de aqui!...

ELENA. ¿Yo?

MATILDE. Con don Félix ahora
tengo que hablar...

ELENA. Pero...

MATILDE. (Precipitadamente.) Ve:
te lo mando... vete presto.

ELENA. (Ap.) ¡Oh! ¿qué significa esto?

MATILDE. ¡Vamos!

ELENA. (Ap.) ¡Mas yo lo sabré! (Váse.)

ESCENA X.

MATILDE, D. FÉLIX, luego ELENA.

MATILDE. ¡Vamos! ¿está usted contento?
¡Ya puede usted aplaudir
su victoria!

FELIX. Resistir
no he podido ni un momento
mas; y pues que se ha alejado
Elena...

MATILDE. Se alejó ya,
cierto; mas con ella va
la sospecha... Usté ha logrado
vengarse sin compromiso!...
¡Oh! ya se ve, no era nada

haber hecho desgraciada
á la madre... era preciso
que la hija tambien fuese
víctima; ¡sublime accion!
¡Y tiene usted corazon!

FELIX. ¡Y qué quiere usted que hiciese!
Soy un miserable... si:
soy un ciego .. un insensato...
¡Oh, señora! este retrato
¿por qué antes no le ví?
Todo lo comprendo ahora...
¡y usté ha sufrido paciente!...
perdon... yo estaba demente...
porque sepa usted, señora,
que mi pasion no ha cesado
de existir...

MATILDE. (Con fuego.) ¡Mentira!

FELIX. ¡Si!

MATILDE. ¡Mentira! ¿y osa usté aqui
recordar aun lo pasado?
¿Y osa usté hablarme en su abono,
á mí que sufrí y callé,
y en silencio toleré
la amarga hiel de su encono?
Inútil el fingimiento
es ahora: puedo hablar
y rienda libre dejar
á mi justo sentimiento.
Usted juzgó con razon
que honrado al satisfacer
á la madre, á la mujer
heria en el corazon.
De su importuna esquivez
fuerza era tomar venganza...
¿Qué pesaba en la balanza
la pasion? ¡responda usted!
¿Es posible que la sienta
el que en su orgullo altanero...
al obstáculo primero
se irrita, se desalienta,
y la venganza acomete
con esos trasportes vanos

del niño á quien de las manos
arrebatan un juguete?
¡Y de ella hace usted alarde!
Quien siente asi la pasion,
ó no tiene corazon,
ó si lo tiene es cobarde.

FELIX. ¡Oh! ¡yo merezco, señora,
tales reproches: por eso
los sufro, aunque con exceso
me castiga usted ahora!
¡Yo no he sabido apreciar
á usted en lo que valia:
si, yo tal vez no debia
mas que humillarme y callar!
¡Pero aun no soy de perdon
indigno: si usted supiera
la lucha terrible y fiera,
la espantosa agitacion
de mi espíritu, al perder
la única dicha cumplida
que me hizo amable la vida!
¡Sabe usted lo que es tener
siempre fijo un pensamiento
en la memoria; tirano
que nos acosa inhumano
dias y noches sin cuento!
¡Que no es mi pasion constante!
¡Decir puede si lo ha sido
tan solo el que la ha sentido
y la siente en este instante!

MATILDE. ¡Y Elena!

FELIX. Elena, señora,
es un retrato viviente
de su madre: ella á mi mente
recordaba en cada hora
los rasgos mil que de usted
con tanta verdad traslada:
su sonrisa... su mirada...
su expresiva sencillez,
todo recordar me hacia
otro objeto mas amado;
y asi al menos consolado

dejaba su compañia.
Pero despues frente á frente
con la verdad me encontraba,
y á mis angustias tornaba
y á mis luchas nuevamente.
¡Oh! si hasta hoy su abnegacion
sublime he desconocido,
tambien muy cruel ha sido,
señora, mi expiacion!

MATILDE. ¡Y bien! eso ya ha pasado...
Usted tiene otro deber
que cumplir... retroceder
no es posible... Ya ha escuchado
Elena su peticion...
Ella le ama á usted... yo quiero
su felicidad primero...
Con el tiempo esa pasion
se extinguirá... todo cede
ante su influjo tirano...
Usté ha pedido su mano,
y atrás volverse no puede...
De usted accion tan bastarda
no sospecho...

FELIX. Y con razon...
Es la pena del talion...
un sacrificio me aguarda...
cumpliré la deuda mia...
(Elena sale y se adelanta hasta en medio de la escena, en donde, detenida por lo que dice D. Félix á continuacion, permanece hasta que es vista por su madre.)
Pero antes quiero obtener
un favor...

MATILDE. ¿Y cuál?

FELIX. Saber
si me amas todavia.

MATILDE. (Asustada.) ¡Cómo!

FELIX. ¡Yo no puedo mas!
¡Yo estoy loco!... ¡harto he callado!
nadie como yo te ha amado...
Dime si tú...

MATILDE. ¡No, jamás!

FELIX. Si, Matilde; al que en su anhelo
condena á morir la suerte,
antes de darle la muerte
no se le niega un consuelo.
Seré de Elena; seré
de quien tú quieras, lo juro;
pero antes pueda seguro
estar de tu amante fé.
Quiero saber si has guardado
en tu corazon memoria
de aquella risueña historia,
¡hoy triste porque ha pasado!
Esto valor me dará,
pues flaqueando ahora le ves,
y para siempre despues
mi labio enmudecerá.
Matilde, ¿me amas?

MATILDE. (Ap.) ¡Dios mio!
¡yo soy débil!— Por piedad...
calle usted...

FELIX. No.

MATILDE. Mi amistad...

FELIX. Ese es un título frio
que rechazo... No, Matilde...
yo necesito otra cosa:
tú debes ser generosa...
lo serás... Rendido, humilde
te lo ruego... Yo reclamo
de tí el último favor
que dar puedes á mi amor...

MATILDE. (Con pasion.)
Pues bien, Félix, ¡yo te amo!
(Viendo á Elena.) ¡Ah!
(Queda inmóvil con la vista en el suelo: D. Félix retrocede dos pasos. Elena se adelanta silenciosamente y se coloca en medio de los dos.)

ELENA. (Á D. Félix) ¡Ya lo ha escuchado usté!...
Ella con pasion le amaba...
¡Por mí se sacrificaba!...

FELIX. ¡Elena!

ELENA. ¡Todo lo sé!
Por mí ocultó su pasion...

Y yo, en cambio á su terneza,
el dolor y la tristeza
sembraba en su corazon!
Ahora la ve usted ahí,
la frente al suelo inclinada,
cuando debiera indignada
cebar su cólera en mí!
En mí, que no he merecido,
no, tamaña abnegacion,
pues su noble corazon
leer hasta hoy no he sabido!
Yo, que la iba á arrebatar
la dicha, sin que sintiera
nada en mí que me advirtiera
que nos iba á separar
un abismo... y ese abierto
¡gran Dios! por mi propia mano!—
—aunque la verdad no en vano
á tiempo se ha descubierto;
solo encuentra en su agonia
esfuerzo mi corazon
para decirla... (Echándose á sus pies.)
¡Perdon,
y sé feliz, madre mia!

MATILDE. (Levantándola.)
No, no, Elena: él te ama, si:
en vano á ceder me obligas.

ELENA. ¡Oh! basta: que eso me digas
sabiendo que estaba ahí?

MATILDE. Perdona; es cierto, ¡gran Dios!
tuyo no puede ser ya;
pero entonces no será
de ninguna de las dos.
Yo permitirlo no puedo...
Padecieras...

ELENA. No, descuida:
á mi edad se ama y se olvida
fácilmente... Yo concedo
que don Félix me ha inspirado
al principio... una aficion
extraña... pero en razon,
eso que amor he nombrado,

bien puede ser amistad.
¿Quién sabe si presentia
que en él un padre hallaria
y tú la felicidad?
¡Oh! si deseas mi bien.
mi voz escucha sincera:
¿cómo ser feliz pudiera
no siéndolo tú tambien?

MATILDE. No, tú me engañas...

ELENA. Te juro...

MATILDE. En obcecarme te afanas;
mas tus súplicas son vanas...

ELENA. Pero si yo te aseguro...

MATILDE. No te creeré...

ELENA. Mas fio
que con la verdad palpable...

MATILDE. No, Elena; es irrevocable
mi resolucion.

ELENA. ¡Dios mio!
¡cómo obligarla podré!
posible es que nada alcance
mi mente en tan duro trance!
Don Félix, tal vez usté
mas feliz con ella sea...

FELIX. No, Elena; aqui á mi pesar
solo me toca admirar
y enmudecer...

ELENA. (Ap. viendo á D. Pedro y al Vizconde, que entran por el fondo.)
¡Oh! ¡qué idea!

ESCENA ÚLTIMA.

MATILDE, ELENA, D. FÉLIX, D. PEDRO, el VIZCONDE.

PEDRO. (Ap.) ¡Cómo! ¡aqui juntos los tres!

ELENA. (Á D. Pedro) Á tiempo usted ha llegado,
pues con ánsia era esperado.

MATILDE. (Ap.) ¡Qué va á decir!

PEDRO. Justo es
que yo sepa...

ELENA. Si, al momento,

Mamá, sin yo conocer
la razon, de proponer
me acaba...

PEDRO. ¿Qué?

ELENA. Un casamiento.
¿No es verdad? (Á Matilde.)

MATILDE. Es cierto... pero
¿no me has dicho?...

ELENA. Ya he variado
de opinion...

PEDRO. ¿Y el agraciado
es digno?

ELENA. Si... un caballero
de prendas... es eleccion
de mamá... que diga ella...

MATILDE. Cierto... no admite querella...

PEDRO. Entonces mi aprobacion...
Mas sepamos...

ELENA. Mucho estimo
tan afectuoso interés...

PEDRO. Si, pero dime quién es
ese jóven...

ELENA. ¿Quién?
(Dirigiéndose á dar la mano al Vizconde.)
Mi primo.

VIZC. (Sorprendido.)
¡Yo!

PEDRO. ¡No es posible!

MATILDE. ¡Qué dices!

ELENA. (Al Vizconde.) ¿Estás contento?

VIZC. ¡Pues no!...

PEDRO. Pero... si ha poco me habló...

ELENA. (Interrumpiéndole.)
¡Vamos á ser muy felices!
¿Verdad?

VIZC. ¡Pero es inaudito!
¡Yo de placer estoy loco!

ELENA. Nos amábamos...

VIZC. Si... un poco...
¡qué digo! mucho... infinito!

PEDRO. (Ap.) No entiendo lo que aqui pasa!—
Habla, Matilde... no sé

por qué enmudeces...

ELENA. ¿Por qué?
porque ella tambien se casa.

MATILDE. No... yo no me he decidido...

ELENA. (En voz baja.) ¡Aun dudar puedes ahora!

MATILDE. Mas...

FELIX. Ya no hay medio, señora.

MATILDE. (Dando la mano á D. Félix.)
Don Félix, ¡nos ha vencido!

ELENA. (Ap.) ¡Que ella al menos sea dichosa!

PEDRO. Con que tú tambien...

MATILDE. Si á fé,
con tal que lo apruebe usté...

PEDRO. No deseaba otra cosa.

ELENA. Mis votos ya se han cumplido...

MATILDE. ¡Cómo pagarte podria!

ELENA. Con tus brazos.

MATILDE. Si, hija mia!
(Permanecen abrazadas hasta al fin del acto.)

VIZC. (Restregándose las manos con satisfaccion.)
¡Bien!

PEDRO. (Ap.) ¡Creo haber comprendido!
(Á D. Félix en voz baja.)
Por su madre se inmoló...

FELIX. ¡Silencio!

PEDRO. ¡En tan tierna edad!
¡Es un ángel!

FELIX. ¡Si en verdad!

PEDRO. ¿Será feliz?

FELIX. ¿Feliz? no.

PEDRO. En qué fundar tal supuesto?

FELIX. En que es un ángel le fundo:
los ángeles en el mundo
no estan bien, y se van presto.

FIN DEL DRAMA.

Marta y María.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.
Mártires de Polonia.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.

Que convido al Coronel!..
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid).*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitaricia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.

Clavevina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céfiro y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja *(Música)*
El Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El Colegial.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviósa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.

3 0112 117462660

PUNTOS DE V

Madrid: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.